IV

FIGURAS ACADEMICAS

EUGENIO VEGAS LATAPIE

PARA UNA SEMBLANZA DEL CONDE DE LOS ANDES

Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, núm. 55 de 1978

Para una semblanza del Conde de los Andes

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. EUGENIO VEGAS LATAPIE (1)

EL FINAL Y EL PRINCIPIO

En la mañana del día primero de enero de 1978 moría súbitamente en su casa de Jerez de la Frontera, el Secretario de esta Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Excmo. Sr. D. Francisco Moreno Herrera, Conde de los Andes, quien, durante más de treinta años y hasta la muerte de su padre en 1963, fue conocido como Marqués de la Eliseda, título de la Casa de Infantado, que había sido cedido a su esposa, D.ª Teresa de Arteaga y Falguera, con ocasión de su proyectado matrimonio. Pocas horas antes de su muerte, en la noche del 31 de diciembre de 1977, el Conde de los Andes había asistido al Santo Sacrificio de la Misa y recibido la Sagrada Comunión.

Había nacido el Conde de los Andes, el 23 de enero de 1909, en Jerez de la Frontera. En esta ciudad cursó sus estudios de segunda enseñanza, y en la Universidad de Granada, con singular brillantez, los de la carrera de Derecho. Terminados éstos, se traslada a Oxford, en cuya Universidad, antes de cumplir los 21 años, obtuvo el título de Licenciado en Ciencias Económicas y Políticas. En 1944 consigue el

(1) Junta de 7 y 14 de marzo de 1978.

Doctorado en Derecho por la Universidad de Madrid, al ser calificada con sobresaliente su tesis sobre "Las libertades de la persona humana", elaborada bajo la dirección del ilustre catedrático y miembro de esta Real Academia, D. Nicolás Pérez Serrano.

Nuestro encuentro y amistad

Había regresado de Inglaterra en 1930 y concertado su matrimonio para fecha próxima.

En noviembre de dicho año, la Juventud Monárquica Independiente de Madrid celebró, en el Cine Barceló, Junta General para renovar su directiva. Por una serie de circunstancias y tras reñida votación fui elegido Presidente. Concluido el escrutinio, después de dar las gracias, esbocé las líneas fundamentales del programa que me proponía desarrollar, que podría sintetizarse en la apremiante necesidad de propagar por todos los medios las excelencias de la forma monárquica de Gobierno, basando la argumentación en los dictados de la ciencia y en las enseñanzas de la Historia.

Terminada mi disertación, se vio invadido el escenario por muchos jóvenes, casi todos desconocidos por mí, entre los que se encontraban Francisco Moreno y Herrera, el Duque de Francavilla y el Conde del Serrallo, hermanos de la prometida del primero, quienes, finalizado el acto, me llevaron en su coche a la pensión donde residía, sita en la calle de Alberto Aguilera.

En el escenario del Cine Barceló se inició, entre mi biografiado y yo, una amistad que no puedo recordar sin sentirme profundamente conmovido, amistad que, durante largos años, fue de constante colaboración y que ha perdurado, con muy escasos eclipses, hasta el día de su muerte.

Monarquía y República

En la reunión indicada fue designado Jefe de Movilización de la Juventud Monárquica Francisco Moreno.

Aunque pocos se percataban de la gravedad de la situación, el ambiente público estaba cada vez más enrarecido desde la caída del Gobierno del General Primo de Rivera. El General Berenguer, que

le había sucedido como Jefe del equipo gobernante, se vio forzado a dimitir de su cargo el 14 de febrero de 1931. El rey Alfonso XIII encomendó a Sánchez Guerra, ex presidente del Consejo de Ministros y Jefe del Partido Conservador, la formación de nuevo Gobierno.

Seguidamente de recibir tal encargo, el investido presidente se personó en la Cárcel Modelo para ofrecer carteras ministeriales al Comité directivo de la revuelta de Jaca, Cuatro Vientos y otras poblaciones, de diciembre de 1930, en que fue muerto el General Gobernador Militar de Huesca. Los revolucionarios integrantes del citado Comité, que se encontraban en prisión preventiva a resultas del proceso que se les seguía por el delito de rebelión, no aceptaron el ofrecimiento, y Sánchez Guerra declinó el encargo que había recibido. Semejante claudicación produjo consternación en el campo monárquico.

El 17 de febrero, procedente de Londres, regresaba, por ferrocarril, a Madrid, la reina D.ª Victoria Eugenia. Miles de personas habían acudido a la estación del Norte para dar la bienvenida a la Augusta Señora y hacer patentes sus fervores monárquicos. Al entrar el tren en el andén estalló un griterio tan ensordecedor que, en un primer momento hizo pensar a la Reina que se había proclamado la República. Pronto salió de su error y pudo comprobar que se trataba de una aclamación tan apoteósica como jamás había recibido en los casi veinticinco años que llevaba en España.

Dos días después, el 19 de dicho mes de febrero de 1931, se celebraba la boda del hijo primogénito de los Condes de los Andes con una hija de los Duques del Infantado. Sin duda, por mi calidad de Presidente de la Juventud Monárquica, fui invitado a la ceremonia y pude comprobar que las dos terceras partes de los asistentes, que pasaban holgadamente del millar, estaban enormemente afónicos por los excesos a que habían sometido a sus gragantes en el recibimiento a la Reina. La ceremonia religiosa tuvo lugar en la iglesia de San Jerónimo el Real, y la comida, en el palacio árabe, a la sazón propiedad de los Duques del Infantado, que existía en el Paseo del Prado, ocupando el terreno en que hoy se alza la imponente mole de la Casa Sindical. En los confines remotos de mi memoria veo una mezcla de toda suerte de vistosos uniformes: Embajadores, Generales, Obispos, Caballeros de las Ordenes Militares... Me recordó la fastuosidad de la recepción que se había celebrado el 23 de enero anterior con ocasión del santo del Rey. Entre los invitados comenzó a circular el

rumor de que pudiera producirse un atentado al iniciar la pareja su viaje nupcial, y a requerimiento de un primo del novio, Ramón Maura Herrera, acepté formar parte de un grupo que custodiaría a los recién casados hasta su llegada al castillo de Viñuelas. Recuerdo que yo iba muy incómodo, apretujado con otros en el coche de escolta y sin saber donde colocar el sable y el ros con blanco plumero que formaban parte integrante de mi uniforme de capitán del Cuerpo Jurídico Militar. Afortunadamente todo quedó en una falsa alarma.

El viaje de novios fue muy largo y a mediados de abril el nuevo matrimonio se encontraba en Atenas. Contaba el joven marqués, que el 14 de abril tomó con su esposa un coche de caballos para que les llevase a visitar un monumento, y el cochero, que hablaba el español, al darse cuenta de que los viajeros eran españoles, les habló de la gravísima situación por que atravesaba España y sobre los rumores de que se había proclamado la República. Eliseda, optimista por esencia, lanzó al auriga un elocuente *speech* demostrativo de que en España era imposible la República y de que el Rey Alfonso contaba con la ciega confianza de la casi totalidad del pueblo español. Al siguiente día, en la Embajada de España le comunicaban la noticia, ya oficial, de la proclamación de la segunda República española. Al contarnos este episodio, añadía que durante el resto de su estancia en Atenas puso especial cuidado en no tomar el mismo coche en que había proferido sus malparados vaticinios.

Fundación de Acción Española

Una vez de regreso en Madrid, e instalado en un magnífico piso del paseo de la Castellana, intentó reanudar contacto conmigo, sin poderlo conseguir por estar yo sufriendo un arresto de dos meses, en el castillo de San Cristóbal, de Badajoz, que me fue impuesto, arbitraria e injustamente, por la sola voluntad del Presidente del Gobierno Provisional de la República, D. Niceto Alcalá Zamora, para sancionar mis actividades en defensa de la Monarquía, anteriores al 14 de abril.

Cumplido el arresto y vuelto a Madrid, pude hablar largamente con Eliseda y exponerle los proyectos que abrigábamos Ramiro de Maeztu, el Marqués de Quintanar y yo, en orden a la publicación de una revista católica y monárquica, inspirada en los principios del

Derecho Público Cristiano y debeladora de los falsos y corruptores postulados de la Revolución. También le expuse el proyecto de constituir una Sociedad Cultural, con los mismos fines que la revista, en cuyos salones pudieran encontrar un hogar los simpatizantes con nuestros ideales, de Madrid y de provincias, y en la que, periódicamente, pronunciarían conferencias las figuras intelectuales más relevantes que propugnaran nuestros principios sustantivos, aunque pertenecieran a diversos partidos de las llamadas derechas. El primer domicilio de la entidad, que se fundó con el nombre de Sociedad Cultural Acción Española, fue una oficina arrendada en Pí y Margall, 7, edificio en donde tenía también su sede la *Revista de Occidente,* circunstancia que ignorábamos al alquilar el local. La adquisición del mobiliario y su instalación quedó a cargo de Eliseda, con la valiosa colaboración de su esposa Teresa, que tanto entusiasmo prodigó siempre en nuestros trabajos.

El 16 de diciembre de 1931 salió el primer número de la revista, quincenal en sus comienzos, *Acción Española,* y en el 10 inicia Eliseda su colaboración con un trabajo que ocupa cinco páginas, en el que hacía un estudio expositivo y crítico del libro del Mons. Jouin, *Le péril judéo-maçonnique. Les Protocols des Sages de Sion.* "En los Protocolos —escribe Eliseda— se refuta el falaz aforismo de Rousseau de que el hombre es naturalmente bueno: el número de hombres de instintos corrompidos es mayor que el de los nobles", y combate a continuación los principios democráticos. Luego añade: "Los judíos se jactan de haber sembrado en el mundo el veneno liberal y democrático, para llevarlo a sus manos a través de la anarquía y el caos."

En febrero de 1932 la Sociedad Cultural Acción Española se instala con carácter estable en el palacete de Fernando VI, número 4, donde ahora, y desde hace muchos años, tiene su domicilio la Sociedad de Autores. En el prólogo que en 1938 escribí para la tercera edición de la *Defensa de la Hispanidad,* de Ramiro de Maeztu, hablo de la fecunda y magnífica tertulia de *Acción Española,* que desde su inicio en Pí y Magall y Fernando VI, después en la Glorieta de San Bernardo y finalmente en la Plaza de las Cortes, congregó un número de asistentes, siempre *in crescendo,* hasta le 18 de julio de 1936. Las figuras más sobresalientes de esta tertulia eran D. Ramiro de Maeztu y D. Víctor Pradera, y entre sus más asiduos concurrentes figuraban los Marqueses de Quintanar y de las Marismas del Guadalquivir, Jorge Vigón, Pedro Sáinz Rodríguez, José-Luis Vázquez Dodero, Ma-

nuel Pombo Polanco, los hermanos Vela, el General D. Procopio Pignatelli de Aragón, Joaquín Arrarás, Eugenio Montes, el granadino José Blanes, Cortés Cavanillas, el profesor de la Escuela de Ingenieros Industriales D. Pedro Artiñano y muchos más, destacando por su constancia Eliseda y quien escribe estos recuerdos.

Homenaje en el castillo de Viñuelas

Pese a la intensa vida social y política que llevaba el marqués, todavía encontraba tiempo para el estudio y redacción de artículos que fueron publicados en los diarios *A B C* y *La Nación*. Ello llevó a su cuñada, Cristina de Arteaga, ya destacada en aquel entonces en el campo de las letras, a organizar un homenaje al joven escritor, en el *Castillo de Viñuelas*. Figuraron entre los invitados, además de los familiares, los más destacados elemento de *Acción Española* y algunos amigos íntimos. El banquete tuvo lugar el 15 de mayo por la noche. En el viaje al castillo constituyó un llamativo espectáculo ver a numerosos venados que saltaban en rápida carrera deslumbrados por los faros de los coches. Conservo el original del menú con que se nos obsequió en este homenaje al que, muchos años más tarde, habría de adquirir notoriedad por sus artículos gastronómicos que publicó con el pseudónimo de *Savarín* y ser Presidente y uno de los fundadores de la sociedad *La buena mesa*. El menú dice así:

Consomé frío en taza.
Salmón cocido, salsa veneciana.
Perdices escabechadas frías a la rusa.
Espárragos de Aranjuez. Salsa mahonesa.
Sillas de ternera glaceadas.
Ensalada mimosa.
Helados Johannisberg. Pastelería.
Chester-cakes.

El *chef* que dirigió la preparación de esta pantagruélica comida fue el famoso Teodoro Bardají, que también era un excelente repostero. Para esta ocasión confeccionó una gran tarta, en la que se reproducía con mucho arte y semejanza, casi fotográfica, la portada de *Acción Española* y las primeras páginas de *A B C* y *La Nación*. Antes de ser repartida entre los comensales, la tarta fue pasada ante cada uno de éstos para su contemplación.

Llegado el momento de los brindis fuimos requeridos para hacer uso de la palabra varios de los invitados. De la casi totalidad de las intervenciones, incluida la mía, no conservo el más mínimo recuerdo. Sí, en cambio, de las del Duque del Infantado y de D. Ramiro de Maeztu. Comenzó el duque su discurso de ofrecimiento del acto diciendo que, por conducto anónimo, había llegado a sus manos una importante cantidad que días antes habían sustraído a su yerno junto a la ventanilla de un Banco, haciendo entrega en ese momento de la cantidad supuestamente restituida. Seguidamente felicitó al homenajeado por sus inquietudes espirituales, sus lecturas, escritos y la certera administración con que manejaba sus ingresos. Terminó su disertación diciendo que, aun siendo muy plausibles las actividades ideológicas y literarias, no debían ejercitarse en perjuicio de las económicas y financieras. Cuando después de otros improvisados oradores intervino D. Ramiro de Maeztu, comenzó glosando elogiosamente las palabras del Duque del Infantado sobre la importancia de las actividades industriales y mercantiles, pero concluyó diciendo, con su profunda y solemne voz, que "los males de España se deben a que los señoritos han abandonado las cátedras universitarias para consagrarse a los Consejos de Administración." No recuerdo nada más de cuanto se dijo en Viñuelas aquella noche de mayo de hace 46 años, pero sí la memoria de la impresión que me produjo el discurso pronunciado por Cristina de Arteaga, organizadora del acto. Terminada su brillante intervención, me acerqué a felicitar a la oradora y poetisa que había cautivado a cuantos tuvimos el privilegio de oírla aquella noche. Como confidencialmente estaba enterado de su propósito de ingresar en una orden religiosa contemplativa, tuve el atrevimiento de intentar convencerla de que estaba obligada a ejercitar las excepcionales facultades con que Dios la había dotado, poniéndolas al servicio de la Iglesia y de la Patria, por medio de la pluma y la palabra, e incluso desde una cátedra universitaria. Me escuchó con paciente benevolencia, pero por las breves frases con que me replicó, tuve la impresión de que no compartía mis excesivos entusiasmos por la vida activa. Casi cincuenta años más tarde estoy íntimamente convencido de que Sor Cristina de la Cruz eligió la mejor parte.

Pocos días después de la cena en Viñuelas, D. Ramiro de Maeztu publicaba en *A B C* un artículo reiterando y razonando su tesis de que los males de España provenían de que los componentes de las clases más elevadas de la sociedad habían desertado de las cátedras universitarias para consagrarse a los Consejos de Administración.

En la Academia de Jurisprudencia

El mes de mayo de 1932 concluyó con una resonante victoria de *Acción Española,* al lograr desplazar de la Junta directiva de la *Academia de Jurisprudencia y Legislación* a los elementos revolucionrios y sus aliados moderados que, desde hacía varios años, eran dueños y señores de la docta Corporación. El cargo de Presidente de la Academia, por prescripción reglamentaria, se elegía todos los años mediante votación que se celebraba el último domingo del citado mes. Para el curso 1930-1931 había sido nombrado D. Angel Ossorio y Gallardo, y para el de 1931-1932, D. Niceto Alcalá Zamora. Designado éste, presidente de la República, dimitió su cargo en la Academia de Jurisprudencia, y en enero de 1932 se convocó junta general para elegir a quien habría de sustituirle hasta la reglamentaria votación de finales de mayo. En menos de setenta y dos horas, los contertulios de *Acción Española* improvisamos la candidatura de D. Antonio Goicoechea, que era uno de los pocos ex-ministros de la Monarquía que seguían proclamando su fidelidad al Rey Alfonso XIII y sus convicciones monárquicas. Goicoechea fue derrotado por el también ex-ministro monárquico D. Vicente Piniés, que, aunque no se había declarado expresamente republicano, figuraba como vicepresidente en la Junta que había encabezado D. Niceto. Piniés obtuvo 238 votos y Goicoechea 236. Las espadas quedaban en alto, esperando las elecciones que habrían de celebrarse en mayo. En esta ocasión, la campaña electoral académica fue ruidosísima. Periódicos monárquicos y republicanos publicaron notas y manifiestos. Entre los firmantes del manifiesto en favor del presidente en funciones figuraban la casi totalidad de los ex-ministros de la Monarqua, ya fueran liberales o conservadores.

El domingo 29 de mayo, durante tres horas, fueron depositando su voto cerca de setecientos académicos y socios. En el estrado tomamos asiento, como interventores de la candidatura de Goicoechea, el Marqués de la Eliseda y yo. De pronto se produjo en el vestíbulo una cierta conmoción que rápidamente se propagó al salón de sesiones. Ello se debía al hecho singular de que el Presidente de la República llegaba a ejercer su derecho de sufragio. Todos los integrantes de la mesa de la Academia y los numerosos asistentes al acto se pusieron en pie. Tan sólo los dos interventores monárquicos, Eliseda y yo, permanecimos sentados. Hoy no considero digno de aplauso nuestro proceder. Si lo menciono es para patentizar nuestros exacer-

bados sentimientos monárquicos junto a nuestra arrogancia juvenil. Eliseda contaba 23 años y yo dos más, concurriendo en mí la atenuante de una arbitraria e injusta sanción ordenada por Alcalá Zamora, que me llevó a un castillo y a la pérdida de la carrera militar que me presentaba las mejores perspectivas. Triunfó la candidatura de Goicoechea con más de 350 votos.

El lunes 30 de mayo salió también triunfante la candidatura monárquica para renovar la mitad de la Junta directiva, cuyo mandato era por dos años. Esta nueva victoria fue aún más brillante que la del día anterior, pues el margen de diferencia entre las dos posiciones se incrementó notablemente.

Pronunciamiento de Sanjurjo

Por fuerza he de omitir numerosos sucesos en que tomó parte el Marqués de la Eliseda, haciendo de otros ligera referencia para consagrar mayor atención a los que considero más relevantes o dignos de recordación. Por ello me limito a mencionar que Eliseda, el Conde de Ruiseñada y yo pensábamos organizar en las prehistóricas cuevas de Altamira, o en sus aledaños, una gran concentración gastronómica para gloriarnos del calificativo de *cavernícolas* con que nos motejaban nuestros adversarios políticos.

Cuando estábamos en sus preparativos se pronunció contra el Gobierno, en Sevilla, el 10 de agosto de 1932, el General Sanjurjo, y en Madrid el General Barrera. El fracaso del intento provocó una ola de detenciones gubernativas. La dictada contra los directivos de *Acción Española* nos obligó a desistir del banquete *cavernícola*. Alertado por unos amigos en Santander, donde me encontraba, logré trasladarme a Biarritz, a donde pocos días después llegaba también, en un barco de pesca, procedente de Zarauz, el joven marqués.

Allí nos pusimos en contacto con el laureado aviador Juan Antonio Ansaldo, que, a diferencia nuestra, había tomado parte directa en la rebelión, habiendo logrado evadirse en su avioneta, desde Sevilla, ciudad a la que llegó con el General Barrera cuando ya el General Sanjurjo se había entregado a las fuerzas gubernamentales una vez fracasado su levantamiento, consiguiendo Ansaldo, al enterarse de la situación, levantar el vuelo sin ser apresado.

Pronto las conversaciones entre Eliseda, Ansaldo y yo se convirtieron en conciliábulos conspiratorios para organizar un nuevo golpe

de Estado que restaurara la Monarquía Católica tradicional, cuyas bases fundamentales serían: en la cúspide, un Rey hereditario que reinaría y gobernaría de acuerdo con las leyes, las costumbres y los fueros, debidamente adaptados a los tiempos presentes y con intervención de unas Cortes auténticas que votasen los impuestos, las leyes y ejercieran una función crítica de la actuación gubernamental.

Conspirando

Para inciar nuestros trabajos estimamos indispensable disponer de la mayor cantidad posible de dinero con que hacer frente a las necesidades originadas por nuestros planes. Entre ellos figuraba organizar un servicio de información; establecer una red de enlaces; atraer a nuestro campo elementos venales; adquirir armas, etc... A tal efecto confeccionamos una lista de españoles residentes en Biarritz y otras localidades próximas de la región vasco-francesa, a los que, previa cita telefónica, visitábamos Ansaldo, Eliseda y yo. El primero solía ir vestido de riguroso luto por la muerte de su cuñado, Justo San Miguel, muerto el 10 de agosto, en la Cibeles, cuando intentaba con otros conjurados apoderarse del Ministerio de la Guerra, ostentando Ansaldo en la solapa la Cruz Laureada de San Fernando. La exposición doctrinal sobre la licitud y necesidad de derribar al régimen existente corría a mi cargo. Luego Ansaldo desarrollaba las grandes líneas de la organización y ejecución del golpe militar; y por último, Eliseda exponía los aspectos económicos del proyecto. Ansaldo se expresaba con gran elocuencia y convicción, que contrastaba con el optimismo y la sonrisa de Eliseda y los aforismos latinos con que solía esmaltar sus intervenciones. Ello dio lugar a que, en más de una ocasión, el primero le dijese: "Paco, cosa seria es lo que estamos preparando. Piensa que es posible que te maten en la empresa, e imagínate que estás oyendo los martillazos con los que están clavando la tapa de tu ataúd", y a veces remedaba a grandes voces los golpes del martillo en tan macabra hipótesis, lo que producía gran hilaridad en el marqués.

Cuando ya contábamos con fondos de cierta importancia, enviamos a persona de confianza a Colunga (Asturias), donde estaba veraneando el capitán de artillería retirado, Jorge Vigón, pidiéndole que viniese a Biarritz, como así sucedió. Puesto al corriente de nuestros

planes, regresó Vigón a Colunga e inmediatamente recabó el consejo de su hermano Juan, teniente coronel de Ingenieros, también retirado, que había fijado su residencia en Carabias, pueblo próximo a Colunga, quien le recomendó que se pusiera en contacto con el teniente coronel de Estado Mayor Valentín Galarza, gran conocedor de la mayoría de los generales y altos jefes del Ejército, por llevar muchos años destinado en el Ministerio de la Guerra.

Nuevamente vino a Biarritz Jorge Vigón, y en su compañía Eliseda, Ansaldo y yo nos trasladamos a París para entrevistarnos con el Rey Alfonso XIII, que nos recibió en el Hotel Meurice, invitándonos a almorzar y citándonos para proseguir la conversación, en un intrincado lugar del bosque de Fontainebleau.

Vuelto a Biarritz, y tras una serie de episodios más o menos pintorescos, no tardamos en darnos cuenta de lo ilusorio de nuestros proyectos, por lo que, habiendo remitido las persecuciones gubernativas, regresamos a España Eliseda y yo, confiando al Conde de los Andes, padre de Eliseda, los fondos recaudados que un año más tarde se fueron entregando, sin intervención ni conocimiento mío, a la naciente Falange Española, creada por José Antonio Primo de Rivera en el otoño de 1933. También se invirtió una cantidad importante en el servicio de información que montó Jorge Vigón bajo la dirección de un prestigioso Comisario de Policía que fue asesinado en Madrid a poco de producirse el Movimiento Nacional.

Instalados en Madrid, conseguimos autorización para seguir publicando *Acción Española,* pero no para la reapertura de la Sociedad Cultural del mismo nombre. Eliseda cedió generosamente para la redacción de la revista un piso del que era dueño, en la glorieta de San Bernardo, número 2.

Frustrada separación de Maeztu

Por fuerza he de pasar por alto curiosos episodios ocurridos en este período, en los que intervino Eliseda. Excepcionalmente aludiré a la carta que recibí de D. Ramiro de Maeztu en abril de 1933, participándome su decisión irrevocable de no volver a concurrir a la tertulia de *Acción Española,* aduciendo unos razonamientos y consideraciones que me resultaban incomprensibles. Para esclarecer lo que podía haber sucedido me personé en casa de Maeztu en compañía del

Marqués de las Marismas (que a la muerte de su padre pasó a llamarse Marqués de Valdeiglesias), y presentándole la carta que me había escrito le manifesté mi extrañeza. Tras una serie de divagaciones y rodeos resultó que la carta era consecuencia de unas palabras de Eliseda referentes al nombramiento de nuevo director de la revista, vacante por dimisión del Marqués de Quintanar, que había venida desempeñando el cargo desde su fundación. De lo que refirió Maeztu resultaba que, pocos días antes, encontrándose a solas con Eliseda, por haberse retrasado los demás contertulios de la casa de la glorieta de San Bernardo, D. Ramiro dijo que había que ir pensando en la designación de nuevo director, a lo que respondió Eliseda que la cosa estaba decidida y que íbamos a nombrar al portero. Estas palabras hicieron creer al primero que no se contaba con él para nada y que antes de nombrarle a él sería designado cualquiera. Ante la franca explicación de Maeztu le aseguré que jamás se habría tomado resolución alguna sin contar con él, y que respecto a la persona señalada se trataba de la conveniencia que alguien había insinuado de nombrar a un hombre de paja en prevención de posibles persecuciones gubernativas. Con estas aclaraciones quedó desvanecido el equívoco y restablecida la más completa cordialidad. Yo rompí la carta en presencia de Maeztu y del Marqués de la Marismas, y desde el número 28 de *Acción Española,* correspondiente al 1.º de mayo de 1933, hasta la desaparición de la revista figuraron, como Fundador, el Conde de Santibáñez del Río, y como Director, Ramiro de Maeztu.

Actividad política de Eliseda

Disueltas las Cortes Constituyentes se celebraron elecciones generales el 16 de noviembre de 1933, resultando elegido por Cádiz el Marqués de la Eliseda, en la candidatura de la unión de derechas, juntamente con José Antonio Primo de Rivera, José María Pemán y otros. Por ser Eliseda el diputado más joven de aquella legislatura le correspondió el cargo de Secretario de la Mesa de Edad, puesto que desempeñó hasta la constitución de la Mesa definitiva. Al formarse las minorías, Primo de Rivera y Eliseda no se adscribieron a ninguna, declarándose falangistas, pero sin constituir formalmente grupo por no reunir el número de diputados exigidos por el Reglamento del Congreso. El Gobierno constituido después del triunfo de los partidos de derecha hizo aprobar en las Cortes una Ley de Am-

nistía para los delitos políticos, y además rectificó muchas arbitrariedades del Gobierno Azaña, sobre todo las cometidas a pretexto del fracasado levantamiento militar del 10 de agosto que acaudillaron los Generales Sanjurjo y Barrera.

Autorizada la reapertura de la *Sociedad Cultural Acción Española,* se instaló, frente al Congreso, en un piso del número 9 de la Plaza de las Cortes. Nuevamente el matrimonio Eliseda se encargó de la adquisición del mobiliario preciso y del acondicionamiento del local.

Inaugurada la sede social, se nombró una nueva Junta directiva en la que Eliseda figuraba como Tesorero. Los demás componentes fueron: Presidente, Pemán; Vicepresidentes, Pradera, Ruiz del Castillo y Sáinz Rodríguez; Vocales: Maeztu, Lozoya, Calvo Sotelo, Ibáñez Martín, González de Amezúa, Ansaldo (J. A.), Quintanar y Pombo, y Secretario, Vegas Latapie. De los directivos nombrados, dos eran Vocales del Tribunal de Garantías Constitucionales; siete, diputados a Cortes; tres, catedráticos de Universidad, y uno, de Instituto; tres, Académicos de la Española, y uno, Pesidente de la Academia de Jurisprudencia.

Con creciente afluencia continuó la entrañable tertulia nacida en un despacho de la calle Pí y Margall, 7. Eliseda fue uno de los más asiduos concurrentes a la misma, pese a sus obligaciones de diputado y a las derivadas de su pertenencia a la directiva de Falange Española. Salvo Juan Antonio Ansaldo y, en cierta medida, Jorge Vigón, ningún conspícuo de *Acción Española* se afilió a la Falange, por ver con recelo los derroteros de esta agrupación.

Es un hecho histórico que *Acción Española* reprodujo en su número 40 el famoso discurso fundacional de José Antonio Primo de Rivera en el teatro de la Comedia, precedido de unos párrafos encomiásticos debidos a la pluma de Vigón, todo bajo el título *Una bandera que se alza,* que yo improvisé sin darle mayor importancia. Precisamente, pero puesto entre interrogantes, tomó este mismo título Pradera para el artículo con que reanudó su colaboración en el número 43 de la revista, tras un período de alejamiento por discrepancias no carentes de fundamento con la orientación hacia una posición política concreta que en algunos números pareció adoptar la revista, adulterando su carácter estrictamente doctrinal. Tras soportar amargos reproches logré que Pradera rectificara su posición, ofreciéndole

las más amplias excusas y promesas. La tesis que sostuvo Pradera fue negar la novedad de lo mucho bueno que contenía el discurso de José Antonio. Tanto las premisas como las consecuencias estaban inscritas en la Bandera del Tradicionalisma aún con mayor perfección.

Salida de Falange

Refiere Antonio Gibello, en el libro que publicó en 1974 bajo el título *José Antonio. Apuntes para una biografía apasionada,* que Eliseda había apoyado económicamente a Falange, haciéndole importantes donativos, y que a su nombre estaba arrendado el edificio de la calle Marqués del Riscal, donde tenía su centro nacional la Falange. Sin embargo, a los pocos meses de su incorporación, Eliseda comenzó a sentirse incómodo, a pesar de su categoría de Consejero Nacional. En la tertulia de Acción Española nadie le sugirió que se separase del nuevo partido, aunque Jorge Vigón había abandonado su colaboración oficiosa en el mismo y Juan Antonio Ansaldo se vio expulsado por decisión del Jefe Nacional. Por eso, grande fue mi estupefacción, así como la sorpresa de todos los amigos de Accción Española, cuando leímos en la prensa de los últimos días de noviembre de 1934 el siguiente comunicado: "Francisco Moreno y de Herrera, Marqués de la Eliseda, miembro del Consejo Nacional de FE de las JONS, ha visto con grandísima pesadumbre que en el nuevo programa doctrinal aprobado por la Junta Política y publicado por el Jefe del Movimiento Nacional-Sindicalista, adopta una actitud laica ante el hecho religioso y de subordinación de los intereses de la Iglesia a los del Estado. Con ser esto a juicio del que suscibe una posición doctrinal insostenible, llega al colmo su tristeza cuando ve que el espíritu que informa el artículo 25 del programa es francamente herético, y recuerda que, por motivos semejantes fue condenado el movimiento de *Action Française.* Por ello, el que suscribe, con pena hondísima, pero cumpliendo su deber de católico, se ve obligado a apartarse del Movimiento de FE de las JONS."

El 1 de diciembre de 1934, José Antonio Primo de Rivera publicó en *A B C* una nota de réplica que terminaba con estas palabras: "... la Iglesia tiene sus doctores para calificar el acierto de cada cual en materia religiosa, pero ... entre esos doctores no figura hasta ahora el Marqués de la Eliseda".

Tampoco entre los componentes de *Acción Española* tuvo favorable acogida la nota de Eliseda, por afirmar en ella que la *Action Française* había sido condenada como herética, siendo así que el Vaticano nunca hizo tal, sino que el lamentable y doloroso conflicto entre Roma y el partido monárquico que acaudillaban Charles Maurras y Leon Daudet tuvo por base una carta del Cardenal Andrieu, Arzobispo de Burdeos, en la que plagiaba el folleto de un demócrata cristiano belga, Ferdinand Passelecq, publicado dos años antes, folleto que estaba plagado de falsedades y malquerencia.

Bajo el Frente Popular

Omito, en espera de más oportuna ocasión, las actuaciones de Eliseda durante el año 1935, con excepción de la entrevista con el académico francés Louis Bertrand que publicó el *A B C* firmada por mi biografiado y que dio lugar a un pintoresco incidente entre Jorge Vigón y Honorio Maura, a consecuencia de las censuras que éste hizo de dicho trabajo periodístico.

Disueltas las Cortes elegidas en noviembre de 1933 y convocadas nuevas elecciones para el 16 de febrero de 1936, Eliseda se traslada a Cádiz para ocuparse de su reelección. En la candidatura de la unión de derechas se producen alteraciones. Quedan excluidos de la misma Pemán y Primo de Rivera. Este último se presenta en una candidatura de Falange y Pemán es simplemente eliminado. Por solidaridad con este último, Eliseda piensa renunciar a ser candidato. Por teléfono, desde Jerez, me consulta sobre cuál debe ser su proceder. Mi consejo fue contrario a la retirada, gesto que nadie le agradecería quedando sin el acta de diputado que creía segura. Le prometí, además, referir a todos los amigos de *Acción Española* su elegante gesto de solidaridad con Pemán. Mantuvo, pues, su candidatura, pero no salió triunfante, ya que las mayorías las ganó el Frente Popular al haber acudido masivamente a las urnas la CNT, en favor del citado Frente, rectificando su anterior criterio abstencionista. Eliseda sostenía que un acta por las minorías le había correspondido a él, pero que le había sido arrebatada por un compañero mediante la falsificación de los resultados en algunos colegios electorales.

Como consecuencia de las elecciones de febrero subió al poder el Frente Popular y con ello el desorden y la anarquía fue creciendo

alarmantemente por toda España. El clima de convivencia se enrareció de tal forma que soy incapaz de describirlo. La procacidad y el desgobierno hacían presagiar los peores males y como remate la instauración de la tiranía comunista. Ante el peligro de la implantación próxima del totalitarismo soviético y la desmembración de España, fue surgiendo una reacción viril de legítima defensa entre los elementos religiosos, patrióticos e incluso meramente de orden, en tanto que los revolucionarios, instalados en el Poder, aumentaban las provocaciones y atropellos contra los que consideraban sus enemigos.

Ello puede explicar el que las masas contrarrevolucionarios y de orden abandonasen la posición representada por Acción Popular y la CEDA, para poner sus ojos en Calvo Sotelo y en el caudillo de la Falange José Antonio Primo de Rivera.

El Alzamiento Nacional

En esos azarosos meses que precedieron al Alzamiento Nacional, *Acción Española* prosiguió su tarea de propaganda doctrinal sin intervenir para nada en la organización del Alzamiento. El organizador y jefe de éste, el General Mola, no quiso tener ningún contacto con los partidos políticos contrarrevolucionarios, salvo con el Tradicionalista por la fuerza y raigambre que tenía en Navarra. Aunque *Acción Española* estuviese totalmente apartada de la conspiración militar, Jorge Vigón, destacado colaborador de la revista y asiduo a su tertulia, mantenía relación con el teniente coronel Galarza, destinado en el Ministerio de la Guerra, que a su vez estaba en contacto directo con el General Mola.

El día 16 de julio de 1936, festividad de la Virgen del Carmen, se presentó en mi despacho de la Plaza de las Cortes el Marqués de la Eliseda para decirme, de parte de Jorge Vigón, que el levantamiento militar se produciría a partir del viernes 17, y que él y yo fuésemos a Vitoria para ponernos a las órdenes del Coronel Joaquín Ortiz de Zárate. A las once de la mañana del día siguiente vinieron a recogerme a mi casa Eliseda y Antonio Ochoa, y tras despedirme de mis familiares y dar a mi madre un beso que resultó el postrero —murió en el Madrid rojo en mayo de 1937— salimos tranquilamente, indicando que se trataba de una excursión a la Sierra, en el coche del primero, sin sospechar que tardaríamos casi tres años en

poder regresar a Madrid. En el Parador de Turismo de Aranda de Duero coincidimos con Jorge Vigón, el Marqués de las Marismas y Sáinz Rodríguez, que iban a instalarse en Burgos, y comimos todos en la misma mesa.

Una vez en Vitoria nos alojamos en el Hotel Frontón, y en el comedor vimos en una mesa próxima a D. José Luis de Oriol acompañado de sus hijos Lucas y Antonio. Hacia las siete de la mañana del sábado 18 llamaron a la puerta de mi cuarto: era Lucas Oriol quien me refirió que su padre —que era diputado por la capital alavesa— y ellos se iban a esconder pues ya se había levantado el Ejército de Marruecos.

Previne sobre la marcha a Ochoa y Eliseda y un gran nerviosismo se apoderó de los tres. Tratamos de establecer contacto con el Coronel Ortiz de Zárate, pero inútilmente, ya que no se encontraba en Vitoria. Esta población permanecía tranquila pero las radios de todos los bares y establecimientos públicos no cesaban de lanzar notas gubernamentales y entre otras una en que el Gobierno relevaba a los soldados de su obligación de obedecer a los Oficiales que se sublevasen. En el comedor del hotel vimos sólo en una mesa, comiendo con la mayor tranquilidad, al Teniente coronel D. Camilo Alonso Vega, al que entonces ninguno de los tres conocíamos. Para calmar nuestra excitación decidimos salir a la carretera, y una vez en marcha, a propuesta de Eliseda, nos dirigimos al Palacio de Lazcano, próximo a Beasaín, propiedad del Duque del Infantado.

Y hacia Lazcano íbamos cuando, en un cruce de carreteras leimos: "A Pamplona, 60 kilómetros", por lo que resolvimos cambiar el rumbo, y a media tarde nos encontrábamos en la Plaza del Castillo de la capital navarra. En todo el recorrido no habíamos observado ninguna anormalidad, y la misma plaza estaba casi vacía. En la terraza de uno de los cafés estaba Enrique Ansaldo, que nos refirió haber estado pocas horas antes con el General Mola, a la sazón Gobernador Militar de Pamplona, quien le había ordenado que avisase a su hermano Juan Antonio para que se trasladara con su avioneta a Portugal, con objeto de recoger allí al General Sanjurjo y llevarle a Burgos, donde asumiría el mando supremo del Alzamiento.

Pero se impone no dejarme arrastrar por los recuerdos históricos de aquellos días y me ciña concretamente a los que se refieren a Eliseda. De regreso a Vitoria encontramos a todos los huéspedes del

hotel en que nos alojamos y al personal del mismo, presa de la mayor intranquilidad y excitación. En una sala del mismo se instaló una radio y allí permanecimos largas horas escuchando las estaciones de Madrid y Sevilla, hasta que a las tantas de la madrugada nos retiramos a descansar. Nuestro descanso fue breve, pues a las seis de la mañana fuimos despertados por las cornetas y tambores de la banda que acompañaba a la fuerza militar que declaraba el estado de guerra. Nos levantamos inmediatamente, fuimos a una iglesia próxima a oír misa, confesar y comulgar, y provistos de un salvoconducto que nos dieron en el Gobierno Militar, salimos hacia Burgos tras haber adquirido la seguridad que el Coronel Ortiz de Zárate no estaba en Vitoria.

Al pasar por Miranda de Ebro estaban ardiendo los iglesias, incendiadas por elementos adictos al Gobierno de Madrid, que acababan de ser sometidos por la Guardia Civil. Durante el trayecto comentábamos que Sáinz Rodríguez, Vicepresidente del Bloque Nacional que había fundado y presidido el mártir Calvo Sotelo, y Jorge Vigón, Secretario de dicha entidad, estarían en Burgos abrumados por el trabajo derivado de los aspectos civiles del Alzamiento. Gran contrariedad experimentamos al encontrarlos a nuestra llegada tomando tranquilamente café. Nos contaron que habían estado en Capitanía General, donde se habían instalado los Coroneles que dirigían la sublevación en la 6.ª Región Militar, y que, presentados a uno de éstos, se limitó a darles las más cumplidas gracias, pero sin encomendarles ninguna función.

Al siguiente día, lunes 20 de julio, nos trasladamos todos los amigos al campo de aviación de Gamonal, donde nos reunimos con gran número de Jefes y Oficiales en espera de la llegada del General Sanjurjo, que debía venir con Ansaldo a asumir el mando de la revolución triunfante. Cuando anocheció regresamos al Hotel Norte y allí oímos a Radio Club Portugal dar la noticia de la muerte de Sanjurjo al capotar e incendiarse la avioneta en que acababa de despegar. Ese accidente mortal entrañó un giro en la Historia de España de incalculables consecuencias.

Dos días después del trágico accidente que cambió la Historia de España, Mola se instaló en Burgos asumiendo el mando superior de todas las provincias en que había triunfado el Alzamiento. Aceptado el incondicional ofrecimiento del Conde de los Andes, que residía en Biarritz, le designó representante oficioso en el sur de Francia, y al enterarse de que el hijo de éste, el Marqués de la Eliseda se

encontraba en Burgos, le confirió la misión de servir de enlace entre él y su padre. En los primeros viajes de Burgos a Biarritz acompañaba a Eliseda, por ser más experto en el volante, Antonio Ochoa.

Un día en que Eliseda y Ochoa había ido a Biarritz a llevar a Andes unos documentos del General Mola, y ausentes también otros amigos, me encontré a solas con el Jefe carlista Conde de Rodezno, quien criticó severamente que el Príncipe de Asturias no se hubiese presentado en el frente de combate como voluntario. Aduje a Rodezno cuantos argumentos pude improvisar en defensa de la actitud del joven Príncipe, refutándomelos convincentemente. Impresionado por la conversación con el Jefe carlista, hablé poco después con Jorge Vigón, que compartió inmediatamente mi punto de vista. Sobre la marcha decidimos invitar al Conde de Ruiseñada y a Eliseda que vinieran con nosotros a Cannes, localidad en que residía el Príncipe desde su regreso del viaje nupcial. Al llegar al domicilio del Príncipe, el 30 de julio, la primera noticia que tuvimos fue el feliz alumbramiento de una niña, por la Princesa de Asturias. No obstante este acontecimiento familiar y obtenida por teléfono la venia de Alfonso XIII, que se encontraba en Checoslovaquia, a las siete de la mañana del día siguiente salía para el frente de guerra el Príncipe D. Juan, acompañado de su mecánico y de quienes habíamos ido a buscarle. Esa noche durmió en la villa de Andrés Soriano, en San Juan de Luz, y en la mañana del 1 de agosto, el Príncipe, al que se unió su primo el Infante D. José Eugenio de Baviera, cruzó la frontera de Dancharinea, sin ser reconocido. Todos los expedicionarios nos detuvimos en Pamplona donde adquirimos "monos" azules y boínas rojas. El Príncipe y parte de su séquito almorzaron en una casa particular en las afueras de Burgos, y al caer la tarde proseguimos viaje deteniéndonos en el Parador de Turismo de Aranda de Duero para esperar la incorporación de algunos amigos que deseaban ir con el Príncipe al frente de Somosierra. Allí lo localizó el General Mola, quien por conducto del General Fidel Dávila, a la sazón Gobernador Civil de Burgos, notificó la orden de que pasara inmediatamente la frontera francesa con los que le habían acompañado. Hacia las cinco de la mañana se detiene en Pamplona, donde da un último abrazo a su cuñado el Príncipe D. Carlos de Borbón y Orleáns, que murió poco después en el frente de Eibar, y de ahí, otra vez a cruzar la frontera de Dancharinea con su primo y parte de los que le acompañaron hasta Aranda, entre ellos Eliseda y Ruiseñada, que tenían a sus mujeres en Biarritz y San Juan de Luz.

Dos días más tarde vuelven a España Eliseda y Ruiseñada, y en un control de la Guardia Civil en la carretera de Navarra son detenidos en virtud de la orden que se había cursado a los controles de que fueran expulsados de España quienes hubiesen acompañado al Príncipe. Avergonzados, ni se atrevieron a reunirse con sus familiares, por lo que se alojaron en el Hotel del Golf de Chantaco, donde refería Ruiseñada que Eliseda, en su indignación, profería Vivas a la República y reproches al General Mola. Pocas horas más tarde se les notificó haber sido revocada la orden de expulsión, por lo que regresaron a Burgos.

El Alzamiento se convierte en guerra

En la apacible cabeza de Castilla "vegetamos" los expedicionarios del 17 de julio sin que se nos confiara misión alguna, y allí nos fuimos percatando de que el Alzamiento, al fracasar en Madrid y otras muchas ciudades de importancia, se había convertido en una sangrienta guerra civil. Los primeros en adoptar decisiones ante la nueva situación fueron Ochoa, alférez de complemento de infantería, que se fue al frente de Burgos como oficial de una unidad de su Arma, y Jorge Vigón, que marchó al de Guipúzcoa, llevándose consigo a Alfonso García Valdecasas, oficiosamente ascendido a "Alférez de Filósofos". Eliseda seguía yendo con frecuencia a Biarritz llevando mensajes de Mola a su padre y a la inversa. Yo, que era capitán retirado del Cuerpo Jurídico Militar, me consideré obligado a ir al frente de combate por cuanto había escrito o hecho escribir en favor de la licitud de la violencia en servicio de la Religión y de la Patria. Como carecía de la más mínima instrucción militar, pensé incorporarme a una unidad de voluntarios a cuyo frente ya había muerto Carlos Miralles, pero previamente quise contar con la autorización del General Mola, pues en modo alguno quería que, al poco tiempo de estar en las trincheras, me llegara la orden de incorporación a alguna Auditoría de Guerra. El General Mola, con quien había conversado con calma cuando coincidimos en mayo de 1931 en la Prisión Militar de Madrid, escuchó atentamente mis argumentos y me concedió en el acto la autorización solicitada. También Eliseda pidió a Mola le permitiese marchar al frente, pero éste le negó la petición a pretexto de que era útil disponer de un enlace de confianza para llevar a Francia los comunicados y documentos que precisase.

Tan pronto como obtuve la autorización me fui a Somosierra a incorporarme al grupo de paisanos que había constituido Carlos Miralles, al frente de los cuales alcanzó gloriosa muerte. Tres semanas escasas habían transcurrido cuando Manolo Miralles me entregó un oficio dirigido al Coronel García Escámez y firmado por Mola, disponiendo mi incorporación a la Fiscalía Jurídico Militar de Burgos. Cuando regresé a dicha capital, mi primera visita fue para Eliseda, quien me preguntó sobre la vida en las trincheras. En el curso de la larga charla le conté que un día varios amigos combatientes confeccionaban una lista de jóvenes "emboscados", entre los que incluían a Eliseda, agregándole que yo aclaré que si permanecía en retaguardia era contra su voluntad y en cumplimiento de orden expresa del General Mola, explicación que fue aceptada plenamente. Apenas había concluido de decir yo lo que precede, Eliseda exclamó con gran decisión: "Esta tarde me voy al frente; esta tarde me voy al frente." Mientras preparaba su mínimo bagaje, me confió que la única tristeza que le embargaba era que podía quedar viuda su mujer y huérfanos sus tres hijos. En un arranque de sinceridad añadió: "Me gustaría ser herido gravemente, pero sin consecuencias posteriores." Aquella misma tarde, el Marqués de la Eliseda se presentó en el frente de Somosierra, incorporándose al grupo de Miralles en el que cubrió la vacante que yo acababa de producir.

Entrado septiembre fui con Pemán a visitar en Somosierra a Eliseda y sus compañeros, y nos anunciaron que al día siguiente iban a operar con objeto de conquistar el vecino pueblo de Gascones. Hubiera deseado tomar parte en ese combate con mis antiguos compañeros, pero no pude hacerlo porque ese mismo día nos recibía en Cáceres, a Pemán y a mí, el General Franco, Jefe del Ejército del Sur. No tuvieron éxito nuestros amigos, y en el frustrado intento de apoderarse de Gascones murió Luis Miralles, segundo de los tres hermanos que perderían la vida en la guerra, como igualmente mi antiguo sargento Ivan Bernaldo de Quirós.

En octubre vino Eliseda a Burgos para asistir a unos cursillos que conferían el grado de alférez provisional. Su mujer, Teresa, llegó de Biarritz para acompañarle durante ese tiempo y yo tuve el gusto de cederle la confortable habitación con baño que ocupaba en el hotel en que me alojaba.

Nombrado Alférez, fue destinado Eliseda a una unidad de infantería destacada en le mismo frente en que había hecho sus primeras

armas. Su posición estaba en el lugar llamado La Loma Verde. Desde Venta la Nava me escribió una carta, fechada el 2 de noviembre de 1936, en la que refiere:

"Llegué a la una, de Robregordo, y el Coronel (García Escámez) me invitó a almorzar, con lo que no llegué aquí hasta muy tarde y no quiso el Comandante Aranguren que me incorporase de noche a La Loma Verde. Esta viene a ser como el quinto pino, y aquí no se vive sino en chabolas y a una proximidad con los rojos de 400 metros en algunos sitios. De todas maneras voy con ilusión por ver al alferecillo —así llamaban unos niños a Antonio Ochoa en el Hotel Norte de Burgos en los primeros días de la guerra— y verme mandando una Sección; contento sobre todo de sentir que estoy haciendo lo que debo. Satisfacción interior que no experimento más que al encontrarme en el frente. Mientras almorzamos cayeron copos de nieve y en algunos sitios ya hay algunas manchas de alguna extensión. ¡Más pintoresco que agradable! Confío en que Madrid caerá pronto y este frente no tardará mucho en despejarse...; esto, en diciembre va a estar inhabitable. Aquí he tropezado con un sacerdote lector de *Acción Española,* con quien he platicado largamente... Tú mantente firme en tu puesto, que es tu obligación, aunque no sea grata. Vamos a recoger ahora algo de la cosecha que en estos años has sembrado. Ven a verme si puedes."

En postdata me hacía los siguientes encargos: "Cómprame seis botellas de Jerez (no dulce) y seis de coñac (no muy caro), así como algunas latas de conservas, pasta de foie gras, almejas, no sardinas, un salchichón y un chorizo de Pamplona. Gasta de 100 a 150 pesetas, pero no importa que gastes más de esa suma si los comestibles resultan más caros... Me lo pueden enviar todo a mis señas. Son: M. de la Eliseda, Oficial de la 3.ª Compañía del Primer Batallón de San Marcial. Somosierra. Columna de García Escámez."

En la mañana del 3 de noviembre llegaba Eliseda a su destino en la Loma Verde. Allí se encontró, como esperaba, al *alferecillo* Ochoa, quien se quedó pasmado al ver al novel alférez embutido en un traje de cuero, de los que utilizaban los motoristas, bajo el cual llevaba dos gruesos chalecos de lana, y debajo de todas esas prendas un afelpado traje interior conocido en el comercio como del "doctor Rasurel". Como las trincheras eran estrechas y el bisoño alférez tenía un volumen superior al normal debido a los sucesivos caparazones con que se cubría, al pasar por las mismas rozaba contra sus

paredes el impecable traje causándole raspaduras y rasguños que en un principio intentaba reparar cubriéndolos de saliva. Con su habitual buen humor, Ochoa discurrió unos ripios que cantaban al son de la cucaracha y cuya primera estrofa decía así: "El alférez Eliseda — cuando va por las trincheras — deja tiras de su cuero — como un guerrero cualquiera."

También contaba Ochoa que la noche de su incorporación le propuso Eliseda, al ir a acostarse en la chabola, rezar juntos el rosario, propósito que, alegando su gran fatiga, sustituyó por un misterio, para reducirlo más tarde a un Padrenuestro al Apóstol Santiago y tres Avemarías a la Virgen, precediendo al rezo la siguiente petición: "Para que no nos ataquen esta noche, que nos den pronto permiso, que se acabe pronto la guerra y cualquier otra cosa semejante".

En mi mal ordenado archivo no aparecen otras cartas de Eliseda hasta una del 9 de abril de 1937, escrita en los "Parapetos de la Serna", de la que copio o extracto lo siguiente:

"Mi queridísimo Eugenio: Son tantas las cosas que quiero decirte que no sé por dónde empezar: escribiré *ex abundantia calamis* y procuraré sujetarme a las circunstancias de lugar, tiempo y modo... ¡Pero, cuánto me gustaría poder echar contigo un buen rato de charla! Primero las enhorabuenas, después los reproches". Las enhorabuenas se referían a las noticias que le habían llegado de que mis familiares estaban bien de salud en Madrid; por haberme concedido el Premio Luca de Tena el *A B C* de Sevilla, con motivo del artículo *La causa del mal,* publicado en marzo de 1936 en *Acción Española,* "de tan relevante actualidad —escribía Eliseda— para los tiempos que corremos"; por haber sido nombrado Secretario de la Delegación del Estado para la Prensa y Propaganda, y por último, me felicitaba por haber confeccionado y editado la *Antología de Acción Española,* glosando un artículo de José Pemartín, y el Editorial mío, comentando respecto a los mismos: "Dios quiera que tanto sacrificio y tanta sangre generosamente vertida no sean estériles, y que alguna vez sea una realidad la España que soñamos los de *Acción Española*". Y continuaba: Ahora los reproches. Me duele mucho que en todo este tiempo no me hayas hecho una visita ni hayas dado muestras de que te acordabas de mí. La *Antología de Acción Española* tuve que comprarla cuando supe por los periódicos que se había publicado. No has tenido ni la atención de mandármela. Por lo visto, el ambiente de la retaguardia está tan enrarecido que hasta tú te dejas influir por él

y olvidas a los amigos que están en el frente. No te dejarás prender, espero, por todas las intrigas repugnantes cuyo eco hasta aquí llega, repulsivo y ridículo. *Corruptio optima, pessima,* decía Ovidio. Si tú, que eres de los mejores te dejas llevar por la vorágine, estamos perdidos. Date algún paseo por aquí, aun cuando no sea más que para airearte y sacudirte el polvo de la retaguardia."

Este capítulo de reproches me hirió muy hondamente por considerarlos infundados e injustos. Incrementaba mi indignación el llovermе los gravios cuando mi estado de espíritu era de gran desaliento y pesimismo, como lo prueba el artículo que, sin firma, escribí para encabezar la Antología, con el título *Vox clamantis in deserto,* que iba seguido inmediatamente de un autógrafo del General Franco. A este editorial pertenecen los párrafos siguientes referentes al levantamiento del pueblo español en 1808, contra Napoleón: "Mientras los buenos patriotas luchaban y morían combatiendo a las huestes napoleónicas en Cádiz, a recaudo de las balas, unos cuantos españoles, imbuidos de la ideología sustentada por los ejércitos enemigos, iban fraguando unas leyes contrarias a los principios del derecho público cristiano y a nuestras saludables tradiciones. Pemán se lo ha hecho decir garbosamente al *Filósofo Rancio:*

"Y que aprenda España entera
de la pobre *Piconera*
cómo van el mismo centro
royendo de su madera
los enemigos de dentro
cuando se van los de fuera.
Mientras que el pueblo se engaña
con este engaño marcial
de la guerra y de la hazaña
le está royendo la entraña
una traición criminal...
La Lola murió del mal
de que está muriendo España."

Haríamos mal en olvidar la tremenda lección. Como ayer, los enemigos de fuera van de vencida; sería inútil que intenten empezar de nuevo su obra de lenta destrucción las eternas colonias de termes hábiles, sutiles y cautelosas..." Mi mayor deseo en aquellos momentos tan tristes para mí eran que se me autorizase a irme de soldado al frente.

No conservo copia de la contestación que di a la carta de mi amigo Paco, pero no me cabe duda que fue de dolorida dureza. Acusó éste el golpe escribiéndome una noble y sentida carta de disculpa. Estaba fechada en "Piñuécar. Frente de Somosierra, 16 de mayo de 1937", y a ella pertenecen los siguientes párrafos: "Acabo de volver de rezar el rosario con la tropa y me encuentro con tu carta, concebida en términos tales que me apresuro a contestar. Mucho me ha alegrado ver tu letra, que es lo único bueno de tu carta..., pues toda ella respira enojo contra mí. Por lo visto he escrito tan de prisa que mis frases dejaban lugar a interpretaciones torcidas... Creo que todos los que te conozcan, por poco que sea, tienen que saber que si no estás en el frente es contra tu voluntad. Yo creo ser uno de tus mejores amigos. ¡Cómo no voy a suponer la contrariedad que sufres estando en retaguardia! Me dices de tus gestiones para ir al Tercio; lo sabía pues me lo contó Quintanar y pedí a Dios se frustrase tus propósitos. Ya ves cómo mis palabras no podían tener la interpretación aviesa que tú les das."

En mérito a la brevedad y a lo mucho que aún me queda por decir, no reproduzco más pasajes de esta tan afectuosa y sincera carta cuya lectura reaviva mi arrepentimiento por no haber sabido vencer la momentánea indignación que, en mi abatido espíritu, produjo la lectura de la que el 9 de abril me escribió tan noble y buen amigo. Tampoco tengo copia de mi contestación a Eliseda, dándole todo género de excusas y agradeciéndole tan elogiosas frases en contestación a la mía tan violenta.

Al enterarme, en Salamanca, de la muerte en el frente del alférez Borja de Arteaga, marqués de Estepa, escribí inmediatamente a Eliseda expresándole mi condolencia por la pérdida de su cuñado. Con fecha 15 de junio y desde los parapetos de La Serna, me contestó lo siguiente: "He agradecido mucho tu carta del 11, que, aunque corta, estaba llena de sentimiento y participación en mi pena. Comprendo por qué no me escribes largo, aunque no por comprenderlo deje de echar de menos una extensa carta tuya y lamentar no poder recibirla. De todos modos me ha gustado sentirse cerca en estos momentos. No sabes lo caído que estoy y la pesadumbre que siento. A Borja, como a todos mis cuñados, le quería entrañablemente, quizá a él más por lo mismo que le había visto crecer de niño a hombre. Tú no ignoras de qué manera tan especial he estado siempre unido a mi familia política... Además, el recuerdo de Teresa y mis suegros rumiando

la pena y doblemente preocupada Teresa por mí, me llena de tristeza. En fin, como ha de ser, Dios quiere que en este trance español, todas las familias paguen su tributo y nosotros no podíamos escaparnos. De la muerte de Borja, además de su carta ejemplar, cuya lectura llena de lágrimas los ojos y encoge el corazón, que supongo conocerás, hay mil detalles de heroísmo y santidad que consuelan y enorgullecen. Murió en la reconquista de la Peña de Lemona, al tomar los parapetos, de un tiro en el corazón. En uno de sus últimos permisos le decía a mi suegra que él quería morir para contraste de la suciedad de la retaguardia y dar ejemplo, por ser quien era y llevar el nombre que llevaba... Pareciéndole poco peligroso el sitio donde estaba, había pedido ir al Tercio. Su capitán, herido también, nos contó mil cosas de Borja que demuestran hasta qué punto estaba preparado para ir a Dios. Pude ir veinticuatro horas al entierro y traslado del cadáver a Lazcano, que fue de lo más emocionante. Los pueblos enteros de Villafranca, Beasaín y Lazcano se sumaron al triste homenaje. En San Sebastián, el comandante del batallón pronunció unas palabras hermosas ante Borja, a las que contestó mi suegro en forma inolvidable. Mi suegro, que no sé si sabes ha estado a la muerte con un ataque de hemiplejía, estuvo estupendo, con un espíritu ejemplar... Sobre todo el encuentro de la carta de Borja parecía que le descansaba el alma. Verdaderamente que la carta es un certificado de salvación eterna. Perdona que toda mi carta esté destinada a Borja y resulte pesada, pero así me desahogo contigo." Corto aquí la transcripción del resto de esta emotiva carta, para reproducir en su lugar la citada de Borja, que decía así:

"Dios y España. Falda de Peña Lemona, 3 de junio de 1937. Queridísima mamá: Quisiera escribirte una larguísima carta, pero no puedo ni me siento capaz de hacerlo.

Esta carta es una despedida, pues creo que esta tarde Dios me llamará.

No entro en detalles de los que ya te enterarás. Lo único que quiero es decirte que tengas valor y que no llores por mí, pues estaré mucho mejor que en esta tierra.

Es duro el sacrificio, pero Dios y España nos lo exigen y no podemos regateárselo.

Dale un abrazo muy fuerte a papá; dile que quisiera evitarle este disgusto, pero que no puede ser.

Te abraza fuertemente tu hijo que te espera allá arriba.

¡Adiós y viva España!

Borja."

Se incorporó en Pamplona a la columna Malcampo y fue herido en la toma de Beasaín, el 27 de julio de 1936. Murió el 5 de junio de 1937 al frente de su sección de la 4.ª compañía del Batallón de Arapiles.

Desde Lazcano, el 7 de agosto de 1937, me escribió una preciosa carta de pésame al enterarse de la muerte de mi madre en Madrid, de la que transcribo algunas frases: "Cuando supe tu nueva pena, te aseguro que se me oprimió el pecho y me daba rabia no poder darte un abrazo apretado. Quintanar me dijo también que al fin habías vuelto a escaparte y estabas de voluntario en la Falange de Marruecos... Comprendo tu actitud, pero confío en que vuelvan a sacarte de allí."

En la segunda quincena de enero de 1938 estaba yo en Santander ocupándome en la Imprenta Aldus de la reedición de los libros más importantes publicados por *Acción Española* antes de la guerra. Un día que pasaba por el paseo de Pereda me encontré a mi gran amigo Adolfo Arce, que estaba hospedado en el mismo hotel que yo, quien me dijo le habían entregado un telegrama que después de abierto había comprobado que era para mí, por lo que lo había dejado allí para que me lo diesen cuando llegase. Añadió que su texto era: "Paco ha muerto", pero no recordaba el nombre de la firmante. Sin perder minuto fuimos al hotel y comprobé que el telegrama no lo firmaba Teresa, sino María Antonia, nombre de la esposa de otro gran amigo mío, Francisco Gómez del Campillo, quien preparaba cátedra de la Facultad de Derecho y era teniente de complemento de Caballería. Una vez dadas las instrucciones más urgentes en la imprenta, me fui en automóvil a San Sebastián para acompañar algunos días a la desolada viuda de mi buen amigo que acababa de morir en el frente de Aragón. Al arrojarse sollozando a mis brazos, me dijo las siguientes palabras que, no obstante los cuarenta años transcurridos, siguen resonando en mi interior: "Al irse Paco al frente me manifestó: esta resolución le parecerá bien a Eugenio"; pues al llegar a la zona nacional procedente de Barcelona, Blas Pérez le había

hecho destinar a una dependencia de la Justicia Militar. Durante mi estancia en San Sebastián, un día tuve la idea de telefonear al Palacio de Lazcano para tener noticias del otro Paco al que, durante algunos minutos había creído muerto. Gran satisfacción experimenté al enterarme de que Eliseda estaba disfrutando un breve permiso en Lazcano, donde se encontraban Teresa y los niños. Hablé seguidamente con él y acepté su invitación de ir a almorzar al día siguiente al palacio de su suegro. Alrededor del mediodía del 25 de enero llegué a Lazcano y encontré a Eliseda vestido, no de uniforme como me esperaba, sino completamente de negro, quien me comunicó que, horas después de hablar conmigo, les había llegado la noticia de haber muerto en Sevilla, en accidente de aviación, su cuñado Jaime, Conde de Serrallo. Añadió Eliseda que había intentado inútilmente avisarme para que suspendiera mi ida a Lazcano en tan triste momentos. Mi primera reacción fue ponerme al volante del coche y regresar a San Sebastián para no profanar con mi presencia la primera reunión familiar después de saberse la nueva desgracia que se abatía sobre la familia Infantado. Quise irme, pero no me fue posible sin que nunca llegara a explicarme el por qué. Creo que, en parte, se debió a no querer dar la impresión de que huía del dolor. Después de mi llegada vi descender de un coche a María, hoy Marquesa de Távara, que venía de un lejano hospital de sangre en el que estaba de enfermera, y poco después a Iñigo, Duque de Francavilla, comandante de Estado Mayor que también había venido del frente para acompañar a sus padres. Aquel almuerzo, del que no supe evadirme, fue tremendamente triste. De pronto, el Duque del Infantado exclamó: "Y el Rey se fue para evitar derramiento de sangre". Siguió un sepulcral silencio sin que nadie intentara perturbar el acerbo dolor de un padre y de una madre que, en pocos meses, habían perdido a dos de sus hijos. Después de la comida hablé larguísimamente con mi amigo Paco, que me contó confidencialmente su deseo de ser trasladado a una unidad de vanguardia, pues se sentía avergonzado de estar en un frente parado.

Poco tiempo después recibí el recordatorio conjunto de Jaime y de Borja. En el lado que tenía en cabeza el retrato de Borja se reproducía la carta a su madre, y en el lado correspondiente a Jaime, las siguientes frases suyas: "¿Qué he hecho yo que todavía vivo? No tengo otra cosa que dar que la vida, y ¡quiero darla! ¿Qué me puede pasar? ¿Que me maten? Pues ya habré despegado... al Cielo..." (7 de enero de 1938)".

Posteriormente recibí una poesía titulada "Yo tenía dos hermanos", escrita por Sor Cristina de la Cruz, y que no resisto a la tentación de reproducir:

Yo tenía dos hermanos, dos caballeros sin par,
que enlazaban sus anhelos en un idéntico afán
como se enlazan las águilas en el escudo ducal:
una bandera juraron y la querían lavar.
Era el pequeño una espiga del más dorado trigal;
cayó por Dios y por ella, con veinte años no más.
Era el mayor un espíritu que se incendió en un volcán,
un fuego vivo, unas alas, que Dios quería quebrar.
Bandera santa de España, cuando te veo pasar,
su invicto anhelo fundido brilla en tu tira central.
Y las dos fajas sangrientas que cuesta tanto mirar,
me hablan de Borja, el alférez, y de Jaime, el capitán.

En el Tercio y Regulares

Poco tiempo después de la conversación que mantuvimos en Lazcano el día de la muerte de Jaime de Arteaga, Eliseda, desoyendo mis consejos, consiguió que le destinaran a mandar un Tabor de Regulares.

Por mi parte, a los pocos días de ser destituido por decreto, que se me comunicó telegráficamente, de mi cargo de Consejero Nacional, en vísperas de reunirse éste, con lo que se hizo imposible que yo pudiera presentar una moción de censura contra el omnipotente cuñado de S. E.; me alisté, como legionario de segunda, en el Banderín de enganche de Talavera de la Reina, donde practiqué, durante varios días, la instrucción. De Talavera fui trasladado a la Compañía de Depósito de Zaragoza, y posteriormente a la 4.ª Bandera, destacada en Lérida, que poco después fue llevada al frente del Segre, a cubrir un sector del río entre la ciudad de dicho nombre y el pueblo de Alcarraz. La orilla de enfrente del río estaba ocupada por el enemigo.

A fines de mayo me enteré casualmente de que Eliseda había sido herido de gravedad en la toma de Corbalán, cuando avanzaba al mando de su Compañía. No me supieron dar más información sobre las circunstancias en que había sido herido ni sobre el hospital en que se encontraba. Semanas más tarde me proporcionaron mayor in-

formación los doctores Vela del Campo y López Ibor, que con el Marqués de las Marismas fueron a visitarme. Como los tres eran capitanes, de sanidad los dos primeros y de caballería el último, y les había acompañado como guía el Jefe de Sanidad del Cuerpo de Ejército, Teniente Coronel Lafont, los oficiales de la 4.ª Bandera improvisaron en su obsequio una simpática merienda, obligándome a mí a sentarme con ellos, pese a la ínfima categoría militar que ostentaba. En el curso de la conversación refirieron que Eliseda estaba en el Hospital Militar de Zaragoza y me propusieron que regresase con ellos a dicha ciudad para acompañar unos días a mi amigo convaleciente. Al oír esto, el comandante de la Bandera se apresuró a concederme el permiso que le sugirieron mis visitantes, cumpliendo así la orden que por escrito le había dado el General Yagüe, de que "respondía con su cabeza de que no le pasara nada al legionario José López Vega". Con mis amigos marché a Zaragoza y a la mañana siguiente acudí al Hospital Militar donde abracé estrechamente a mi amigo y también a Teresa, su ejemplar esposa, que desde que le comunicaron la nueva de que su marido había sido gravemente herido fue a su lado para acompañarle y servirle de enfermera.

Ese mismo día fui a saludar al General Juan Vigón, Jefe de Estado Mayor del Ejército de Operaciones, quien me aseguró no haber hecho indicación alguna en mi favor al General Yagüe, y también que no me permitiría regresar como soldado al frente, sino que gestionaría mi adscripción al Estado Mayor del Cuerpo de Ejército de Navarra que mandaba el General Solchaga. Algunos días más tarde me notificaron que el General Yagüe había ordenado mi baja fulminante en la Legión, al enterarse de mi condición de Capitán del Cuerpo Jurídico Militar.

Poco después me comunicó el General Vigón mi destino al Cuerpo de Ejército de Navarra, añadiendo que no debía incorporarme hasta que fuera a comenzar la ofensiva que se estaba preparando. Ello me permitió continuar en Zaragoza, acudiendo todos los días, mañana y tarde, al hospital con objeto de acompañar al matrimonio Eliseda, con quien comentaba los torcidos rumbos políticos que había impuesto en la zona nacional el omnipotente Ministro Serrano Súñer, que desde su llegada a Salamanca se había convertido en el "valido" y ninfa Egeria de su cuñado el General Franco.

Una tarde, estando de visita en el hospital, refirió Teresa Eliseda que, durante mi estancia en la Legión, el misterioso teniente coronel

Martínez Fuset, auténtica "eminencia gris" del Generalísimo, y el ayudante de éste, Pérez Seoane, Duque de Pinohermoso, habían hablado a Franco de la situación en que me encontraba, sugiriéndole que ordenase mi regreso a retaguardia, a lo que éste respondió: "Eugenio Vegas no es más que un ambicioso que sólo quiere casarse con una marquesa rica". Frase que al ser conocida por Jorge Vigón la comentó añadiendo "vieja y fea", porque marquesa rica, joven y guapa, todos la desearíamos. Resulta triste considerar que Franco, Generalísimo de un ejército empeñado en dura y difícil campaña, tuviera humor y tiempo para dar oído y repetir chismorreos como los que refirió a Fuset y a Pinohermoso.

Cuando Eliseda ya estaba en franca mejoría, me fui unos días a Santander para dar instrucciones a la Imprenta Aldus, relativas a los libros que estaba imprimiendo de *Acción Española.* Yendo por el Paseo de Pereda me encontré con Alberto Martín Artajo, letrado del Consejo de Estado, que a poco de llegar de Madrid a la zona nacional, había sido adscrito a la Asesoría del Ministerio de Trabajo y Previsión, quien me dijo acababa de leer en el *Boletín Oficial del Estado* mi destino como capitán jurídico a la Auditoría de Ceuta. De momento no podía dar crédito a semejante noticia y le referí que el Ministro de la Guerra, hablando conmigo, había dado como hecho mi destino al Cuerpo de Ejército de Navarra. Martín Artajo insistió en haber visto el nombramiento en el *Boletín,* por lo que me encaminé seguidamente a un centro oficial y comprobé la realidad de lo que me había dicho. Aunque el plazo de incorporación a un destino en tiempo de guerra es de 24 horas, en lugar de ponerme en camino para Cáceres, Sevilla y Algeciras, me fui a Zaragoza con objeto de aclarar el asunto. El General Vigón me aconsejó hablara con el General Dávila, y éste me dijo que el destino mío a Ceuta no era cosa suya sino del Generalísimo. En la esperanza de que se rectificara tan extraña medida, permanecí una veintena de días en Zaragoza, y como a Eliseda ya se le permitía dar paseos, con grandes precauciones iba yo todas las tardes a recogerle en mi coche y nos trasladábamos, el matrimonio Eliseda y yo, a un merendero de las afueras de Zaragoza, en una arboleda, al margen de una canalillo. Con frecuencia se reunían con nosotros, en aquel lugar, el Marqués de las Marismas y Jorge Vigón, quien en una ocasión nos leyó una carta dirigida a Pemán, censurándole muy irónicamente un discurso que había pronunciado en Sevilla, publicado en la prensa, en el que hacía un encendido elogio de FET y de las JONS y del Generalísimo Franco. Conservo copia de la mag-

nífica carta de Vigón, que no reproduzco aquí por no apartarme del tema de este trabajo, pero que procuraré hacer en otra ocasión oportuna. Todos los amigos de *Acción Española* nos sentíamos totalmente contrarios a la política seguida por el Estado franquista y muy especialmente en las materias referentes a los trascendentales servicios de Prensa y Propaganda, que se habían entregado a un equipo encabezado por Dionisio Ridruejo, que ignoraba en absoluto los principios fundamentales del Derecho Público Cristiano, principios que puede alcanzar la recta razón mediante el estudio y la reflexión.

Gobernador Civil de Santander

Como no se rectificaba la orden que me destinaba a Ceuta, me sentí en la necesidad de abandonar Zaragoza y marchar a Valladolid desde donde pensaba dirigirme a Talavera y alistarme de nuevo en la Legión, aunque con nombre distinto. Estaba convencido de que la pena que me correspondía por el delito de abandono de destino que pensaba perpetrar, era la pérdida de la carrera y esa la tenía ya perdida desde que, en mayo de 1931 pedí el retiro desde el Castillo de Badajoz. Pero un Magistrado del Tribunal Supremo de Justicia Militar, a quien hice la confidencia, me demostró que la pena que me podían imponer era de 20 años de prisión, porque legalmente la pacífica Ceuta se consideraba, como cualquier parte del territorio nacional en tiempo de guerra, al frente del enemigo. A pesar de ello pensé no ir a Ceuta y alistarme de nuevo en la Legión, pero mis confidentes y amigos López Ibor y Santiago Corral, me forzaron a incorporarme a mi destino.

Hacia el 5 de agosto llegué al lugar de mi confinamiento camuflado, y pocas semanas más tarde, al leer los periódicos, vi una noticia que me dejó estupefacto y me sumió poco después en dolorida indignación: Francisco Moreno y Herrera, Marqués de la Eliseda, había sido nombrado Gobernador Civil de Santander, en virtud de decreto firmado por el Ministro del Interior, Serrano Súñer, y por el General Franco como Jefe del Estado. Me resultaba inconcebible que mi amigo, a quien durante más de un mes había oído expresarse en términos durísimos contra Franco y su cuñado, hubiese aceptado un cargo de Gobernador Civil de Provincia. Varios días pasé redactando una carta violentísima, que una vez concluida terminé por destruir, para limitarme a guardar un silencio total con mi amigo tan

querido. Por su parte, al leer tal noticia, el laureado comandante Ansaldo se apresuró a enviarle un telegrama que textualmente decía así: "Sentido pésame; ¡pobre Paco!; irreparable pérdida". La censura se apresuró a comunicar el texto del telegrama al Ministro Serrano Súñer y éste al Generalísimo, quien impuso al laureado aviador un arresto de dos meses en el Castillo de Santa Catalina en Cádiz. Jorge Vigón suspendió con él toda correspondencia y, en carta que conservo, recibida en Ceuta, en la que me daba concisa noticia de varios amigos, como Areilza, Sáinz Rodríguez, etc., se limitaba a decir respecto a Eliseda: "De Paco, nada he vuelto a saber después de su desgracia."

Al llegar el día de San Francisco rompí la tradición de felicitarle por su santo. Pero once días más tarde, fiesta de Santa Teresa, consideré de todo punto improcedente extender mi indignada repulsa por la incalificable claudicación política de Eliseda a su esposa Teresa, por lo que le envié un telegrama de felicitación.

El 19 de noviembre, en papel timbrado del Gobernador Civil de Santander, me escribía Eliseda una carta que iniciaba con la frase "mi queridísimo Eugenio". Me felicitaba por la reciente concesión de la Medalla Militar a mi hermano Pepe, muerto en el Alto del León el 24 de julio de 1936; se excusaba por el retraso en escribirme por mi santo, y después de decirme que no le pasó inadvertida la fecha del 15 de noviembre, añadía que pensó "telegrafiar a algún pariente próximo tuyo en la siguiente onomástica, pero como no estás casado es más difícil la atención. También me decía: "Siento no haber recibido la carta que me tenías destinada por muy fuertes que fueran los conceptos que en ella vertieses... era preferible leerlos primero y en el primer momento que escucharlos *os ad os,* tres meses después". En efecto, me anunciaba que próximamente vendría a verme a Ceuta a explicarme su nombramiento de Gobernador, y agregaba que "mi viaje lo tenía, además, proyectado desde hace mucho, pero no quise ir a Ceuta antes de que salieran los libros... o no salieran decididamente" (Se refería a los libros reeditados de *Acción Española,* a los que el Director General de Propaganda y su camarilla negaban la preceptiva autorización gubernativa).

Vino Eliseda a Ceuta, pasando conmigo dos o tres días de gratísima recordación. Me contó que, estando todavía en el hospital de Zaragoza, había sido llamado por el Ministro del Interior, Serrano Súder, quien después de ponderar su ejemplar actuación en los cam-

pos de batalla, le dijo a bocajarro que hombres como él debían ocupar los puestos de mando, aunque inicialmente fuera el de Gobernador. Explicaba Eliseda que no se atrevió a dar una rotunda negativa a la insinuación de Serrano, limitándose a pronunciar unas frases vagas con la idea de enviarle posteriormente una cortés negativa por escrito. Pero no hubo tiempo para ello, pues al día siguiente, en la referencia del Consejo de Ministros se anunciaba haber sido nombrado Gobernador Civil de Santander. Tal noticia le dejó consternado. Telefoneó al Ministro de Educación comunicándole la incertidumbre que le embargaba, a lo que Pedro Sáinz Rodríguez le respondió categóricamente que su obligación era aceptar el cargo. También consultó con su padre, el Conde de los Andes, y éste, por consideraciones de orden político le recomendó también que aceptara, pues, en otro caso, le atribuirían a él (Andes), la negativa, y ello comprometía al Rey por ostentar su citado padre el cargo de Jefe de la Casa de Su Majestad el Rey Don Alfonso XIII.

Aunque su argumentación no me convenció totalmente, me vi obligado a reconocer la existencia de circunstancias atenuantes.

Me dijo también Eliseda que, ante el hecho consumado, había que sacar del mismo el mayor partido posible en servicio de nuestros ideales tan perseguidos por los elementos revolucionarios, quienes, utilizando la camisa azul que llevaban y adulando con superlativos elogios al Generalísimo, habían conseguido que Serrano Súñer les entregase la prensa y la radio de la España Nacional. A este propósito me insistió repetidamente que estaba dispuesto a realizar cuanto estuviese en su mano para conseguir que fuese autorizada la publicación de los libros de *Acción Española* retenidos por la censura, y si no lo lograba, dimitiría, con carácter irrevocable su cargo.

En atención a tan magnífico estado de espíritu le insté para que volcara su influencia en conseguir se autorizara la reaparición de la revista que había dirigido Maeztu hasta su muerte. Para evitar suspicacias, yo me retiraba de todo puesto en relación con la misma, la cual tendría como director a José María Pemán, asistido de un Consejo en el que figurarían los ministros Pedro Sáinz Rodríguez y el Conde de Rodezno, así como Juan José López Ibor y Santiago Corral.

Vuelto Eliseda a Santander, con fecha 20 de enero de 1939 me escribió una carta de la que copio los siguientes párrafos: "Hace poco más de un mes que volví de Africa. Conservo constante la nos-

talgia del recuerdo de las horas que pasamos juntos. A mí como a ti, lo acontecido en nuestras relaciones de amistad con motivo de mi venida aquí, ha servido para acrecentar el cariño que te tengo... No había ningún motivo para que yo pudiera ofenderme con los juicios que tú hicieras; sin conocimiento de causa completo era naturalísima tu actitud y la que yo suponía, pues las apariencias eran bien malas... Ahora, querido Eugenio, tú podrías hacerme el inmenso favor de mediar con Jorge Vigón para que entienda lo sucedido... A Jorge le tengo un gran afecto y me duele se mantenga en una actitud hostil o displicente para conmigo. Mi conducta posterior, discursos, gestiones, etc... y la salida de su libro, quizá logren dulcificar su sardónica y fría mirada azul."

"Tu carta a Ramón (Serrano Súñer) me parece bien y se la entregaré en la primera ocasión." (En ella pedía la gracia de que se me permitiese incorporarme anónimamente al frente.)

"A los pocos días (de regresar de Ceuta) fui a Burgos... Dijo él (Serrano Súñer) que tú podías dirigir *Jerarquía,* y allí escribir todos y mejorarla, pero que *resucitar el órgano de un grupo, no.*"

"Con Pemán hablé mucho allí, pues coincidimos... *El de arriba* le dijo a Pemán que estaba muy enfadado por el artículo de René Benjamín... con el grupo... *y te culpaba a ti, en parte, de lo ocurrido.* Pemán, claro está, te defendió."

La expresión *el de arriba* era una ingenua manera de designar al General Franco, tratando de evitar posibles roces con la censura. El gran enfado de Franco a que se refiere Eliseda al contarme su conversación con Pemán, se debió a un artículo publicado por René Benjamin en el semanario parisino *Candide,* el 16 de noviembre de 1938, bajo el título *L'an III de la nouvelle Espagne,* en que el académico francés, entusiasta de la España nacional, hace grandes elogios de Franco, pero critica algunos aspectos de la vida en la retaguardia y el mimetismo que observa de la política de propaganda del fascismo italiano. En este sentido escribe Benjamin: "Franco es un *soldado modesto puesto que es un cristiano,* pero se hace de su persona, de su figura, de su nombre, una exhibición vanidosa. Estas cosas no me afectan a mí como extranjero que soy, pero sí me importan como amigo que desea seguir siéndolo. No se puede abrir un periódico sin leer ¡Franco!, ¡Franco!, ¡Franco!, con letras inmensas que figuran también sobre los muros y en los pretiles de los puentes.

El tamaño excesivo de las letras no puede dar ninguna fuerza a esas exclamaciones poco inteligentes que reflejan costumbres extranjeras que no convienen a la arrogante sobriedad de los españoles. ¿Cómo explicarse también que se vendan, hasta en Marruecos, tarjetas postales con la hija del Generalísimo, con una serie de disfraces ornados de sonrisas?... Yo vi el año pasado a esta niña encantadora; nada en su vida corresponde a esta exhibición. Su padre es un caballero que hace una guerra heroica. ¿Por qué, por indulgencia, deja alterar el carácter puro de su epopeya?"

La información de Eliseda sobre el enfado de S. E. conmigo me produjo una gran curiosidad por conocer la versión auténtica dada por Pemán de su entrevista con Franco. Según me refirió Pemán, cuando Franco le dijo con enojo que si yo no tenía otra cosa de qué hablar con los extranjeros más que de su hija, Pemán, con la mayor ingenuidad, le respondió: "¿Por qué va a ser Eugenio Vegas quien le ha hablado de vuestra hija? Lo ha podido oír en cualquier tertulia de café."

En carta de 30 de enero de 1939 me dice Eliseda: "A Dios gracias, esto va tocando a su fin, y me alegra también porque así no se hacen factibles tus deseos, que por mucho que me contraríen tampoco podía yo estorbarlos rompiendo tu carta, pensamiento que me pasó por la mente."

En 1.º de marzo, el Coronel Auditor de Ceuta, D. Gonzalo Zarranz, tuvo el valor de concederme un mes de permiso que disfruté casi íntegramente en Santander, donde se habían establecido mis familiares. Con tal motivo tuve trato diario con el Gobernador Civil y su familia.

Durante mi estancia en dicha ciudad, fui convocado por Juan Antonio Ansaldo a comer en Las Arenas, en casa de unos amigos comunes. Para desplazarme al lugar de la cita, Eliseda puso a mi disposición un coche oficial conducido por un guardia civil acompañado por otro número de la Benemérita. En Las Arenas, Juan Antonio Ansaldo criticó duramente a Eliseda como tránsfuga de nuestros ideales y servil adulador de Serrano. Yo sostuve que Eliseda continuaba leal a su tradicional pensamiento y a sus amigos de siempre y, ante la duda de Ansaldo, le hice observar a la pareja de guardias civiles que me habían traído en un coche del mismísimo Gobierno Civil.

La Paz

Terminada la guerra, con fecha 11 de abril de 1939 me escribe Eliseda desde Santander: "Estuve en Madrid y pasé por tu casa. Estaba vacía y averiada. Luego he sabido por tu hermana ... que tus libros estaban bien y en otro lugar ... Me he llevado la alegre sorpresa de encontrar mi piso mucho más lleno de lo que pensaba... ¡Increíble! Es decir, explicable por el desinterés y abnegación de mis dos criadas que se peleaban con los milicianos por salvarme las cosas... La plata y la ropa, naturalmente, voló."

Después de contarme estas y otras cosas particulares, me habla de algunos amigos políticos, como los hermanos Vigón, Areilza, Valdecasas..., agregando que había vuelto a ver a Serrano Súñer, a quien dio a leer una carta de Pablo Antonio Cuadra en que se trataba de la publicación de una revista político-cultural, manifestando Serrano que "la revista tiene que ser lo equivalente a *Acción Española*".

Termina Eliseda su misiva señalando que en Santander se vive bastante alejado de los mentideros; pero "se dice (hasta aquí llegan los rumores), que *el gordo* (se refería a Pedro Sáinz Rodríguez) va a la Argentina. Yo no tengo ninguna información auténtica".

Destitución de Sáinz Rodríguez

El 5 de mayo vuelve a escribirme Eliseda, acusando recibo a una mía en que le expresaba la desgana y casi repulsión que me producía ir a Madrid y ver los restos de mi casa cañoneada y saqueada, y sobre todo la forzosa evocación de las jornadas tan gratas que allí había vivido con mi madre y hermano Pepe, ambos muertos durante y en la guerra, y cuya ida el Cielo me había causado un vacío imposible de llenar. Correspondiendo a mis confidencias me dice Eliseda: "Comprendo tu estado de ánimo respecto de tu vuelta a Madrid. Pero como más tarde o más temprano has de volver, me gustaría que lo hicieras para la fecha del desfile, ya que de esa manera estaría contigo, puesto que pienso ir con Teresa a presenciarlo. Recorreríamos juntos las trincheras de la Casa de Campo, donde, en los tiempos que evocas, paseábamos y charlábamos de nuestras cosas."

También me decía en esa misiva: "Hace unos días estuve largo rato con Ramós Serrano Súñer. Me dijo que había hablado al Gene-

ralísimo de ti y que te iba a llamar enseguida para dirigir la revista *Jerarqua*. Salí muy bien impresionado de las condiciones en que la vas a dirigir. Sólo me pidió que dejásemos colaborar a Pedro Gamero y José Antonio Giménez Arnau, pero, por supuesto, de acuerdo con tu dirección."

Algo más adelante añade: "Pedro ha salido de su empleo en la forma que pronosticábamos y en parte es mucha su culpa. Por una cosa lo celebro, y es porque así no realizas tu propósito de irte a la Argentina, como me comunicó Alfonso Hoyos que deseabas. Te diré que Pedro no estaba muy propicio a llevarte. Aquel sí a recabar de su Ministro (Serrano Súñer) un nombramiento tuyo de agregado de propaganda. Tu viaje a la Argentina sería interesante mirando las cosas *sub specie aeternitatis,* pero francamente, con la urgente atención política que España reclama, me parecen mal tus deseos de cruzar los mares."

En efecto, cuando tuve noticia de haberse pedido el *placet* para Embajador en la Argentina a favor de Pedro Sáinz Rodríguez, le escribí pidiéndole me llevase con él como agregado cultural, de propaganda o de lo que fuese. Mi deseo era irme de España, pues me asfixiaba el ambiente totalitario que dominaba en las alturas en favor de un falangismo *sui generis,* creado en beneficio propio por el General Franco y por su cuñado Serrano Suñez, diputado demócrata cristiano hasta la iniciación del Alzamiento, y que se oponía implacablemente a la reaparición de *Acción Española, r*evista que, en frase de Calvo Sotelo, se merecía la gratitud de España por haber intelectualizado a las derechas y en la que habían colaborado asiduamente Maeztu, Pradera, Calvo Sotelo, Javier Reina y otros muchos destacados intelectuales cobardemente asesinados sin formación de proceso alguno. En elocuente y grave contraste, se había entregado la dirección suprema de la prensa, radio y propaganda, a un equipo de jóvenes encabezados por Dionisio Ridruejo, cultivador de la poesía, pero que desconocía totalmente los principios básicos del orden natural y del Derecho Público Cristiano. Por tres veces me había ido de soldado al frente, para huir del fétido ambiente que imperaba en los medios gubernamentales y, ya concluida la guerra, deseaba irme a América para seguir propagando mis ideales y publicar la revista que no me permitían reanudar en España.

La información que me dio Eliseda de que Pedro Sáinz Rodríguez no estaba dispuesto a llevarme en su compañía, no me sorprendió.

Episodios recientes delataban que mi presencia no le era grata. Mi irreductible posición doctrinal podía estar en pugna con sus actuaciones políticas y diplomáticas. Precisamente en noviembre de 1935 me había dedicado un folleto en los siguientes términos: "A Eugenio Vegas, por cuya voluntad y tesón rendimos todos algo en servicio del ideal común, que él custodia doctrinalmente como un cancerbero y lo vigoriza e impulsa como un *manager*. Con un abrazo cariñoso de Pedro Sáinz Rodríguez."

El cese de Pedro Sáinz como Ministro de Educación fue inesperado y objeto de las más variadas e incluso disparatadas conjeturas. No pudiendo dar crédito a lo que se decía por Ceuta, escribí a Eliseda por si me podía dar una información autorizada al respecto. En carta autógrafa en papel de "El Gobernador Civil de Santander", fechada el 6 de junio de 1939, trata de satisfacer mi curiosidad en los siguientes términos: "De Pedro no te puedo contar por carta cuanto sé, porque sería muy largo (aclaración hecha sin duda con vistas a la censura). Como sabes, estaba nombrado para la Argentina... porque nuestro invicto Caudillo consideraba, dada la actuación de Pedro en el Ministerio, que era mejor marchase a la Embajada de Buenos Aires. Pero resultó que Pedro tuvo la vileza, siendo Ministro de Franco, de hablar mal de él, y cometió, según cuentan, la infamia de decir que nuestro Generalísimo Glorioso era un *Bonaparte de casa de huéspedes*. Naturalmente, el Caudillo le destituyó *ab irato*." Es claro que los exagerados elogios que Eliseda hace de Franco, así como los muy duros epítetos con que califica el presunto proceder de Sáinz Rodríguez, obedecen a la necesidad de salir indemne de los posibles rigores de la severa censura a que estaba sometida toda la correspondencia, incluso la de los Gobernadores.

A Santander con Pablo Antonio Cuadra

Hacia el 10 de agosto de 1939 recibí en Ceuta la visita del joven escritor nicaragüense Pablo Antonio Cuadra, que había adquirido un inmenso prestigio entre los lectores de *Acción Española* por la publicación en dicha revista de un trabajo titulado *Hacia la Cruz del Sur*. Ello motivó que algunos directivos de aquella prohibida agrupación le invitáramos a visitar España, y grande fue mi sorpresa cuando eligió como lugar de llegada el de mi confinamiento. Un permiso especial que me concedió el General Varela, que acababa de ser nom-

brado Ministro de la Guerra, me permitió salir de Ceuta y trasladarme, en automóvil, con Pablo Antonio Cuadra, a Santander. Eliseda consiguió del alcalde de la ciudad que nombrara a nuestro invitado *huésped de honor.*

Como el General Moscardó estaba pasando el verano en Santander y Cuadra estaba comisionado por los admiradores de la gesta del Alcázar de entregar a Moscardó un artístico pergamino suscrito por centenares de firmantes y una gran medalla de oro en cuyo anverso estaba troquelado el Alcázar de Toledo y en el reverso la escena del fusilamiento del hijo del defensor, el Gobernador Civil solicitó del General una audiencia a la que concurrimos Cuadra, Eliseda y yo. Las palabras pronunciadas con este motivo por Eliseda, Pablo Antonio Cuadra y el General homenajeado fueron altamente emotivas.

También quiero recordar un gran almuerzo ofrecido por los Marqueses de la Eliseda en el restaurante del Tenis, de Santander, al que asistieron las autoridades locales y, como invitados de honor, Pablo Antonio Cuadra y D. José de la Riva-Agüero, Marqués de Santa Cruz de Aulestia, rector de la Universidad de Lima y Vicepresidente que había sido de la República del Perú. Cuando estábamos tomando el aperitivo, la radio transmitió la noticia de que el Ejército alemán había atravesado la frontera con Polonia, y Riva-Agüero se mostró muy acongojado por la suerte que podía estar corriendo una condesa polaca con la que le unía una gran amistad y que vivía en un castillo muy próximo a la frontera que acababa de ser violada.

Dimisión de Gobernador

Poco después de finalizada la guerra, Eliseda solicitó de Serrano Súñer ser relevado de su puesto de Gobiernador Civil de Santander, para reinstalarse con su familia en Madrid. Al comenzar el otoño reiteró su petición y poco antes de que se accediese a sus deseos sufrió un accidente de automóvil al caer sobre su coche oficial una vaca que se deslizó por el declive del campo donde pastaba. Tanto el Gobernador como la pareja de la Guardia Civil que le acompañaba resultaron lesionados. Eliseda, que sufrió la fractura de una clavícula, quedó hospitalizado algún tiempo en la Casa de Salud Valdecilla. Con tal motivo le hice frecuentes y largas visitas. En una de ellas coincidí con

la madre del herido que había venido a Santander para acompañarle en el centro sanitario. La Condesa de los Andes me refirió que, con la colaboración de un policía había logrado encontrar en un hospital de sangre muchos efectos del ajuar de su casa de Madrid, entre ellos la casi totalidad de la lencería marcada con la A inicial del título bajo la corona condal. Al presentarse a los pocos días en el referido hospital, para recoger sus pertenencias, se encontró con la desagradable sorpresa de que habían desaparecido en su totalidad por habérselas llevado un personaje que dijo ser Oficial del Ejército. Como las enfermeras le advirtiesen que había aparecido su dueña y acreditado debidamente su propiedad, por lo que próximamente se personaría para hacerse cargo de ellas, el subsodicho oficial replicó que las requisaba para reponer las que le habían sido sustraídas a él en su casa, y haciendo caso omiso de lo que le advertían, se apoderó de ellas, llevándoselas en su totalidad. El asombro de la Condesa fue mayúsculo, y ante los gritos de indignación que profería al referírmelo, su hijo le decía: "Mamá, cállate, pues si te oyen, te van a meter en la cárcel".

Coincidiendo con el alta médica de sus lesiones, le fue concedido a Eliseda el cese en el cargo, nombrándosele al mismo tiempo miembro del Instituto de Estudios Políticos que acababa de crearse.

Instalado en Madrid, volvió Eliseda a asistir de nuevo a la tertulia que habíamos reconstituido en los locales del diario *La Epoca*, que había fundado en 1849 el primer marqués de Valdeiglesias, y que se publicó ininterrumpidamente hasta el 13 de julio de 1936, día en que fue asesinado Calvo Sotelo, dejando de publicarse ese día para siempre, ya que el omnipotente Serrano Suñer no autorizó su reaparición al término de la guerra civil.

Poco después, los marqueses de la Eliseda asumieron de nuevo la misión de amueblar el local que en la calle de Gurtubay, número 5, arrendó la *Editorial Cultura Española*, que constituyó un refugio en que se reunían a diario los antiguos componentes de *Acción Española*, al amparo de las oficinas de la de la citada editorial, que continuaba publicando libros contrarrevolucionarios y monárquicos, ya que, como antes se dijo, Serrano había prohibido reiteradamente la publicación de la revista Acción Española y la reanudación de las actividades culturales de la sociedad del mismo nombre.

Palabras finales

Debo poner fin a mi disertación con la que he abusado de vuestra paciencia durante dos sesiones.

Sin embargo, antes de acabar, creo de interés relacionar, aunque sea esquemáticamente, algunos episodios posteriores a los que he relatado con mayor detenimiento.

Así, la ida de Eliseda a Sagaró, en agosto de 1940, para solicitar del General Orgaz, a la sazón Capitán General de Cataluña, en nombre de su padre el Conde de los Andes y también de los Generales Kindelán y Vigón (Juan), como igualmente del ex ministro Ventosa y Calvell, que expusiere al rey Alfonso XIII la conveniencia de su abdicación en favor de su hijo el Príncipe de Asturias, hoy Conde de Barcelona, reforzando de este modo la gestión individual que anteriormente habían hecho cerca del Monarca las expresadas personalidades.

En febrero de 1941 colabora activamente Eliseda en la organización del transporte del mayor número posible de españoles a Roma, ante el temido desenlace mortal de la dolencia cardíaca que padecía el rey exiliado. Con la máxima discreción se establecieron contactos con los directores de RENFE y de la TRANSMEDITERRANEA, que prometieron prestar la colaboración solicitada. Fallecido el Monarca, se anunció inmediatamente que saldrían para Roma un tren especial desde Madrid y el *vapor Mallorca* desde Valencia. Ya todo en marcha, Eliseda tuvo la fortuna de conseguir dos plazas en un hidroavión italiano que nos llevó desde Barcelona a Ostia, el día 1 de marzo. Dos días más tarde llegó la expedición ferroviaria, dirigida por José M.ª de Areilza y Octaviano Alonso de Celis. Pero el "Mallorca" no llegó nunca, pues cuando se disponía a zarpar con varios cientos de expedicionarios a bordo, su capitán recibió la orden del Gobierno de suspender la salida, alegando que el barco podría chocar con alguna mina puesta por los ingleses en guerra con Italia y Alemania desde hacía año y medio. Sainz Rodríguez, que fue uno de los pasajeros desembarcados, comentó humorísticamente que haría saber al Gobierno italiano que el Mediterráneo estaba libre de toda mina, pues de haber habido la más pequeña probabilidad de que existieran, Serrano Suñer habría dejado partir al buque sin ninguna vacilación, ante la posibilidad de deshacerse tan fácilmente de tantos enemigos políticos suyos.

Llegados Eliseda y yo a Roma, Don Juan de Borbón nos confirió el encargo de preparar el discurso que había de pronunciar ante los

españoles que concurrieran al entierro de su padre Alfonso XIII. A la llegada de Areilza le asociamos a la misión que teníamos encomendada. El texto lo redactamos con el máximo esmero y lo entregamos a Don Juan, pero éste desistió de pronunciarlo, presionado por algunos viejos políticos que querían evitar posibles enojos del general Franco.

En abril de 1942 se constituyó en Madrid un Comité secreto encargado por el Conde de Barcelona de preparar la restauración monárquica, de acuerdo con sus instrucciones. Los nombramientos constaban en dos cartas autógrafas. En una se nombraba a Sainz Rodríguez, Areilza, los Condes de Fontanar y del Cadagua, Eliseda y a mí. En la otra encomendaba a los Jefes de Estado Mayor José M.ª Troncoso y Duque de Francavilla, una "misión informativa en el Ejército". Las reuniones del Comité se celebraban en el domicilio de José M.ª de Areilza para evitar indiscreciones por parte de las numerosas personas que frecuentaban *Cultura Española,* que estaba al margen de toda intervención conspiradora.

En junio de 1942 ordenó el General Franco el confinamiento de Sainz Rodríguez y el mío en sendas islas de Canarias, entonces inhóspitas. Eliseda consiguió del Embajador de Francia en Madrid François Pietri, que me extendieran inmediatamente un visado para atravesar hasta Suiza la Francia sujeta al gobierno del Mariscal Petain.

En febrero de 1943 Eliseda fue a Suiza para pasar unos días conmigo, que me encontraba en un pueblecito llamado Gstaad, con un brazo roto al resbalar en el hielo. También se encontraba en esa estación de montaña la Real Familia. Allí conoció Eliseda al archiduque Max de Austria y al diplomático Julio López Oliván, al que, desde el primer momento, profesó singular admiración, hasta el punto de exclamar humorísticamente más de una vez que, de hacerse imposible la restauración de la Monarquía en España, él postularía la candidatura de López Oliván, para el puesto de Presidente de la República. Durante su estancia en Gstaad recibió el encargo del Conde de Barcelona de colaborar con López Oliván en la redacción de la respuesta a una carta que el General Franco le había enviado en mayo de 1942.

En junio de 1943 Eliseda fue deportado, por orden gubernativa, a la isla de La Palma, en el archipiélago canario. Esta deportación le fue impuesta por las eficaces gestiones que había realizado en la recogida de firmas para un documento, que fue suscrito por 25 Procuradores en Cortes, en el que expresaban al General Franco la urgente necesi-

dad de restaurar la Monarquía antes de que finalizara la segunda guerra mundial. El primer firmante del documento era el embajador de España en Londres, duque de Alba. Diez meses que se le hicieron eternos, permaneció Eliseda en Santa Cruz de la Palma, desde donde me escribió varias extensas cartas, de indudable sabor ambiental, carentes de interés político.

Coincidiendo con el regreso a Madrid de Eliseda, en marzo de 1944, fueron deportados a pueblos muy distantes unos de otros los catedráticos universitarios Julio Palacios Martínez, Jesús Pabón y S. de Urbina, Alfonso García Valdecasas y Juan José López Ibor, como iniciadores de un escrito dirigido al Conde de Barcelona y suscrito por medio centenar de destacados profesores universitarios, expresándole su adhesión y su deseo de ver restaurada la monarquía en su persona para que España disfrutara de "un régimen estable de autoridad, de derecho y de paz". Los nombres de los iniciadores de este documento le fueron facilitados al Gobierno por otro catedrático que, fingiéndose amigo y abusando de la confianza que por mi ingenuidad en él se había depositado, resultó ser un vulgar y asalariado confidente.

En abril de 1945 me envió Eliseda a Lausanne el libro que acababa de publicar con el apasionante título de *Autoridad y Libertad,* en el que me puso la siguiente dedicatoria: "A mi entrañable amigo Eugenio, este ensayo, breve síntesis de las ideas de *Acción Española,* en el que tanto hay suyo como en todas mis cosas. Con fraternal cariño, de su mejor amigo, Paco." Absorto por mis obligaciones y trabajos como Secretario político del Conde de Barcelona, me limité de momento a hojearlo, en espera de tiempo libre para leerlo con detenimiento. Así las cosas, arribó por Suiza un común amigo que me comentó con cierto sarcasmo algunos conceptos del reciente libro, atribuyéndome luego a mí, en conversación con el autor, la crítica que él había hecho.

En 1949 regresé definitivamente a España, después de haber sido destituido de mi cargo de Preceptor del Príncipe de Asturias, fijando de momento mi residencia en Santander para preparar nuevas oposiciones y reparar, en caso de ganarlas, mi precaria situación económica que tenía abandonada por exigencia de mis deberes patrióticos y religiosos... Varias veces fue Eliseda a Santander en este período, que duró cinco años, a pasar unos días en mi compañía.

En 1955, negada una vez más la autorización para volver a publi-

car la revista *Acción Española* y la reapertura de los locales de la Editorial *Cultura Española*, negativa comunicada de palabra por el Ministro Blas Pérez a Eliseda como respuesta a una instancia firmada por Pemán, decidimos disolver definitivamente las dos entidades durmientes. El acta de defunción se extendió en el *Nuevo Club* de Madrid, en el curso de una comida con la que Eliseda obsequió a los directivos de las mismas.

En 1957 me propuso Eliseda celebrar un banquete conmemorativo del 25 aniversario de la fundación de la revista y sociedad cultural *Acción Española,* propuesta que acepté y en cuya organización intervine a condición de permanecer yo en la sombra. El anuncio del acto tuvo una gran repercusión en la prensa que publicó la convocatoria firmada por los más destacados supervivientes de las entidades citadas y numerosos artículos recordando el historial de *Acción Española.* Días antes comencé a recibir llamadas telefónicas y escritos anónimos, amenazando con la explosión de un cóctel Molotof en caso de celebrarse el banquete anunciado. No dimos cuenta a las autoridades para evitar que les sirviera de pretexto para suspender el acto. La víspera de la fecha señalada, Franco constituyó nuevo Gobierno, en el que dio entrada a Jorge Vigón como ministro de Obras Públicas. Como éste era uno de los firmantes de la convocatoria, su nombramiento ministerial fue considerado por muchos como presagio de la restauración monárquica, lo que produjo el efecto de que, a última hora se dobló el número de asistentes al banquete. Con bastante antelación fuimos Eliseda y yo al Hotel Ritz, y mi compañero se puso a gatear debajo de las mesas para comprobar si había indicios de haberse colocado alguna bomba. Pero, como sospechábamos, todo quedó reducido a una falsa alarma. En dicho acto hablaron el Marqués de la Eliseda, Gonzalo Fernández de la Mora, Jesús Fueyo, José María Pemán y el Marqués de Quintanar. La censura tachó casi por completo la reseña de los discursos, de lo que conservo como prueba documental las galeradas de *ABC,* tachadas por el lápiz rojo del intolerante censor. Este acto puede considerarse como el canto del Cisne de *Acción Española,* pero entonado casi a los veinte años de estar sometida a hibernación y al año y medio de haberse acordado su disolución.

En lo sucesivo, Eliseda centra sus actividades doctrinales y políticas en la frecuente publicación en *ABC* de artículos de divulgación política, algunos de los cuales pueden considerarse verdaderamente ejemplares en su género.

En cambio, Eliseda no se decidió a tomar parte en las actividades de la revista VERBO y en los grupos de estudio de *La Ciudad Católica*, así como en los Congresos anuales organizados por ésta, que en el aspecto meramente doctrinal podrían considerarse como continuadores de la labor que, en su tiempo, realizó *Acción Española*. Pero si solía expresar su aplauso a muchos de los trabajos publicados en la revista y contribuía al sostenimiento de la misma con donativos de relativa importancia.

A la muerte del General Franco intentó intervenir activamente en la vida pública española mediante actividades y trabajos de los que carezco de información suficiente.

La última conversación extensa que mantuve con Andes fue en su domicilio, pocas semanas antes de su inesperada muerte; conversación de la que guardo un imborrable y emocionado recuerdo.

Tengo la convicción de que mi fraternal amigo, el Conde de los Andes, estará gozando de la felicidad eterna con que Dios premia a quienes han trabajado intensamente y sin regatear sacrificios, por la Religión y por la Patria, y confío en que, desde el Cielo estará pidiendo al Señor que conceda a España una paz basada en la Verdad, el Orden y la Justicia.